clásicos radicales

Karl Kraus

Contra los periodistas y otros contras

taurus

Radicalmente clásicos

«Ninguna posición más seductora que la de Kraus, el disidente en el seno de una sociedad tolerante, estable y próspera.»
Miguel Ángel Aguilar

clásicos radicales

Karl Kraus

Contra los periodistas y otros contras

taurus

Radicalmente clásicos

«Ninguna posición más seductora que la de Kraus, el disidente en el seno de una sociedad tolerante, estable y próspera.»
Miguel Ángel Aguilar

Karl Kraus

Contra los periodistas y otros contras

Prólogo de Miguel Ángel Aguilar
Edición y traducción de Jesús Aguirre

taurus

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleer

@tauruseditorial

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

NUESTRO FUTURO PREDECESOR

Miguel Ángel Aguilar

Los aforismos de Karl Kraus (Gitschin [o Jicin], Bohemia, 1874 – Viena, Austria,1936) incluidos en el volumen *Contra los periodistas y otros contras* nos confirman que estamos ante nuestro futuro predecesor. El libro que apareció en alemán en 1955 y 1974 con el título *Pro domo et mundo* bajo los auspicios de la editorial muniquesa Kosel Verlag reunía textos fechados hasta 1912. Taurus lo publicó, traducido y prologado por Jesús Aguirre, en 1982, cuando el ya Duque de Alba había trasmutado en realidades los delirios de grandeza que Javier Pradera le instaba a abandonar. Ahora, treinta y seis años después, el libro sale de nuevo a la luz dentro de la colección Clásicos radicales, donde vienen como de molde unos textos que cumplen esa doble condición.

Karl Kraus nació en una familia judía adinerada y, sin llegar a culminar sus estudios universitarios, se insertó en la Viena de Wittgenstein, dentro de un pórtico de la gloria que compartía con Mahler, Freud, Loos, Hofmannsthal, Trakl, Schönberg, Kokoschka, Schnitzler, Berg, Rilke, Wedekind, Strindberg y otros de lengua alemana del calibre de Robert Musil, Joseph Roth o, más tarde, Elias Canetti, prodigioso cultivador del aforismo según demostró en *La provincia del hombre.*

Entre las obras de Kraus figuran *La literatura demolida* (1897), *Los últimos días de la humanidad* (1919), *Palabras en versos* (1916-1930) o *La tercera noche de Walpurgis* (1933). Pero en paralelo, a partir de 1899, cuando contaba con veinticinco de edad, editó y escribió casi en solitario la revista *Die Fackel* (*La Antorcha*)*,* que mantuvo encendida hasta su muerte treinta y siete años después. Su propósito era criticar de modo radical la corrupción de un lenguaje mercantilizado que se degradaba hacia la

banalidad. Kraus entendía que el lenguaje era nuestra principal seña de identidad y entroncaba así, sin saberlo, con los estudios evolucionistas de Max Müller, quien en 1861 había sentenciado que el lenguaje es nuestro Rubicón, que ninguna bestia se atreverá a cruzar.

Es el quid que separa radicalmente al ser humano de las demás criaturas, cuestión abordada por Tom Wolfe en *El reino del lenguaje*, donde pronostica que pronto se reconocerá al habla como el Cuarto Reino de la Tierra: *regnum animalia, regnum vegetabile, regnum lapideum* y ahora *regnum loquax*, el reino locuaz, habitado exclusivamente por el *Homo loquax*. Así pasaríamos del *zoon politikon* al *zoon logon*, animal hablante. De ahí que la corrupción de la lengua sea la madre de todas las demás y que Arturo Soria y Espinosa nos advirtiera de que, en la secuencia temporal, primero iba el robo verbal y luego el robo en efectivo.

Por eso, la fonética de las grabaciones telefónicas y el texto de los correos electrónicos reproducidos en los autos de procesamiento de comisionistas y prevaricadores varios de estos últimos años tienen una sonoridad mafiosa y una redacción inconfundible, la propia de los gánsteres. A la inversa, sucede también que el primer deber prescrito en los libros de estilo de los diarios más prestigiosos del mundo es siempre el cuidado del lenguaje, prueba básica del respeto al público lector. Para Kraus, ese es el único camino que puede ofrecer al hombre un verdadero progreso espiritual. Además, se comprueba que las nuevas reflexiones acerca de la naturaleza del lenguaje coinciden en ponderar su capacidad para permitir (o impedir) nuestro acceso al mundo.

Recordemos que cuando apareció la primera edición en castellano de *Contra los periodistas y otros contras*, aquí acabábamos de salir del «23 de Tejero», nuestra última vergüenza golpista. Queda lejos la funesta manía de deslizarnos desde la *contigüidad* a la *causalidad*: en absoluto aceptamos que cuando una cosa aparece situada junto a otra, o bien ocurre a continuación de otra, de esa proximidad espacio-temporal pueda deducirse la existencia de una relación de causalidad. Nada justificaba el golpe militar, pero hubo excesos indeseables en el desencadenamiento del «contra Suárez vale todo», al que buena parte de los medios de comunicación y de los periodistas se aplicaron con denuedo y entusiasmo.

Cuestión distinta es que los comprometidos con la operación de acoso y derribo contra el primer presidente de la recién nacida democracia pensaran

estar acumulando retroactivamente los méritos antifranquistas que nunca se labraron cuando habrían tenido validez, es decir, estando el general superlativo en El Pardo. El caso es que los aforismos de Karl Kraus, escritos al menos cincuenta años antes de la intentona militar, venían a dar en el clavo, de la más rabiosa actualidad entonces y ahora, al denigrar la insolvencia que acompaña tantas veces al ejercicio del periodismo.

Una primera evaluación del impacto causado por la lectura de estos aforismos me obligaría a reconocer el máximo nivel de pregnancia de algunos, como el que reza «Los periodistas escriben porque no tienen nada que decir, y tienen algo que decir porque escriben» o el que asegura «No tener una idea y poder expresarla: eso hace al periodista». Confieso mi acuerdo pleno con el prólogo de Jesús Aguirre cuando señala como puntos cardinales de la actitud de Karl Kraus la sátira contra los impostores y los que pactaban con la impostura, la admiración por los que fracasaban injustamente, el apoyo a los genios que solo pudieron serlo del mañana y la abominación de la censura, sobre todo la de los redactores jefes, dispuestos tanto a dar pábulo a la denuncia de la paja en el ojo ajeno como a impedir la crítica de la viga en el ojo periodístico propio.

Como escribió Kraus en *La Antorcha*, «los censores se lo perdonan todo a los cuervos y atormentan a las palomas», mientras que el corrupto empresario de prensa puede cometer todas las vilezas sin tener que arrepentirse de ninguna. Kraus era contrario a la simulación de los «aprovechateguis» y debe contarse junto a nuestro Arturo Soria entre quienes frente a la *asimilación tergiversadora* propugnan la *clarificación sancionadora*. Por eso repudiaba la horrenda sinfonía que resulta de sumar los actos que generan informaciones y las informaciones que provocan actos. En todo caso, el incremento del ruido en el sistema ha avanzado en progresión geométrica, de modo que, setenta años después, Rafael Sánchez Ferlosio ha podido subrayar en uno de los pecios recogidos en su libro *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado* que la comunicación ha alcanzado tal volumen y tanta prepotencia que la noticia pesa muchísimo más, ocurre enormemente más, que los hechos mismos de los que da cuenta.

De ahí la profunda aversión de Kraus hacia los periodistas que, instalados en la arrogancia, escriben con un tono propio de los descubridores, como si Dios solo hubiera creado el mundo justo en el momento en que vio que el

suplemento dominical donde publicaban era bueno. El sentido de la anticipación característico de nuestro autor puede explicar que impulsara un sistema clasificatorio que dividía a las personas entre aquellas que tienen antecedentes penales y aquellas que aún no los tienen.

La profesora Sandra Santana, en su excepcional estudio *El laberinto de la palabra. Karl Kraus en la Viena de fin de siglo*, señala la capacidad del lenguaje para someter a los hombres y establece como uno de los elementos centrales de la obra de Kraus la ecuación que iguala lenguaje y poder, dado que para él la palabra no es únicamente la barrera que separa al hombre de la verdad y que puede tiranizarlo por influencia de intereses ajenos, sino también el único modo de acceder al mundo. En esa línea, Tom Wolfe considera un éxito alcanzado por el lenguaje su capacidad de conquistar todo el planeta para nuestra propia especie, pero sostiene que su mayor logro ha consistido en la creación de un yo interior, de un *ego*. Porque es el lenguaje y solo el lenguaje el que, a su entender, confiere al hombre la capacidad de hacerse preguntas sobre su propia vida y de quitársela, pues es el único ser vivo que se suicida.

Para acercarnos a la trayectoria de Kraus resulta muy relevante la advertencia de Sandra Santana, según la cual a finales del siglo XIX se produjo un cambio de estatuto de la profesión de periodista, a partir del momento en que los principales diarios austriacos fueron tomados bajo el control de los bancos. Entonces la figura del periodista vinculado a una publicación mediante un contrato fijo empezó a desaparecer, y fue sustituida por un nuevo modelo de profesional precario conminado a optar entre la servidumbre a los intereses de la empresa o la asunción del riesgo de que prescindieran de sus servicios. Estadísticamente, la precariedad conduce a la docilidad por una senda que, un siglo después, con el avance de las nuevas tecnologías y la ruina de los medios de comunicación convencionales, ha recibido nuevos impulsos.

Decía John Reith, el director de la BBC: «sabemos lo que quiere el público y por eso no se lo damos», y Kraus cien años antes sostenía que el favor del público no era garantía de una producción artística de calidad, sino más bien un motivo para desconfiar del propio trabajo. En su opinión, el periodismo contribuía de modo fundamental a fomentar en las masas la búsqueda del efecto inmediato de la palabra. Pero señalaba que, mientras que el lenguaje oral busca provocar una reacción inmediata en el oyente, lo

cual influye necesariamente en las palabras del orador y del actor de teatro, la palabra escrita, al quedar congelada en el papel impreso, puede mantenerse al margen del impacto que provoca su primera lectura. La cuestión es que el periodismo, desvirtuando esta capacidad de lo escrito para mantenerse independiente de los intereses mercantiles que altera, desprecia el lenguaje, lo subordina a la transmisión de emociones y se entrega a la búsqueda del favor irreflexivo del público.

La recomendación de Pepe Dominguín era torear de oído, a favor de querencia, complacer al tendido de sol, provocar el *like,* en suma, capturar la atención –que es el recurso más escaso, siempre en disputa y vinculado a los datos-. Pero ese proceder termina por distorsionar el modelo informativo, porque a cambio de las noticias que recibimos aparentemente gratis entregamos nuestra atención, que enseguida se vende a terceros. Esto explica que el nuevo símbolo de estatus sea estar protegido de los ladrones que intentan robar nuestra atención y retenerla en su poder, como acaba de señalar Yuval Noah Harari, autor de *Sapiens*, dándonos el ejemplo de renunciar al *smartphone.*

En cuanto a Kraus, su propósito es ayudar a los lectores y mostrarles el camino que conduce a la indemnización por la pérdida de sensaciones, educarlos para llevarlos a un entendimiento del lenguaje como la encarnación naturalmente necesaria del pensamiento y no solo como la cubierta socialmente obligada de una opinión. Para él, la lengua no es una representación material de lo pensado, sino el espacio previo y necesario para su gestación y crecimiento, de modo que cuanto más de cerca se mira una palabra, desde más lejos nos devuelve la mirada. De ahí su definición de la lengua como un centro de potencial generativo.

Contra los periodistas y otros contras está organizado en siete apartados: «De la sociedad», «Sobre periodistas, estetas, políticos, psicólogos, estúpidos y eruditos», «De la mujer, de la moral», «Sobre los artistas», «Las dos ciudades», «Lances, ocurrencias» y «*Pro domo et mundo*». En el primero, «De la sociedad», señala que «hay personas que toda su vida guardan rencor a un mendigo por no haberle dado nada», una frase que parecería resonar en los versos de Miguel Hernández: «yo sé que ver y oír a un triste enfada, / cuando se viene y va de la alegría». Este apartado trata de los favores que se convierten en imperdonables cuando quien los recibe observa al que se los brinda en situación de ventajosa superioridad, lo que

le hace sentir la injusticia de su vulnerabilidad: «te perdonarán la bajeza que han perpetrado en contra tuya antes que el favor que de ti recibieron»; apunta la incredulidad hacia la excelencia del compañero de pupitre: «No se cree en el talento con el que se ha crecido»; incluye una visión contraproducente de la pedagogía social: «Si es verdad que los malos ejemplos corrompen las buenas costumbres, también lo es que los ejemplos buenos lo consiguen en mucha mayor medida»; y explica cómo se puede arrastrar a la guerra patriótica a los más desfavorecidos porque «es fácil morir por una patria en la que no se puede vivir».

En el segundo, «Sobre periodistas, estetas, políticos, psicólogos, estúpidos y eruditos» sentencia que «democracia significa poder ser esclavo de cualquiera»; que «el nacionalismo es un hervidero en el que se incrusta cualquier otra idea» y que «se reconoce el fraude en que exagera la autenticidad. A la autenticidad la reconocemos a lo sumo en que no se adapta a su público». Teme que el psicoanálisis quede en manos de quienes todo lo acaparan: «¡Tienen la prensa, tienen la bolsa, y ahora tienen también el subconsciente!». Considera que «las buenas opiniones carecen de valor. Lo que vale es quién las tiene». Subraya que «los alimentos son más sensibles que la educación; un estómago es más discente que una cabeza»; y se apunta a que «la fealdad del presente tiene fuerza retroactiva»; «De la mujer, de la moral» es el título del tercero. Su lectura confirma el intento de Kraus por determinar el valor de la palabra en el lenguaje visto como creación y visto como comunicación, así como su obsesión por enseñar a ver abismos allí donde hay lugares comunes, es decir, de devolver a la lengua su antigua capacidad de evocación, siguiendo una especie de manual del perfecto militante contra la dominación simbólica, según precisaba Pierre Bourdieu.

Pero toda la inteligencia de Kraus y toda su capacidad para la transgresión no le impiden incurrir en lo mismo que combate, de modo que se tendría la tentación de replicarle «haga el favor de ahorrarme su *originalidad*». Porque sucede que, como apunta Robert Musil, «los ideales tienen entre otras extrañas propiedades, la de transformarse, cuando se les quiere seguir escrupulosamente, en su contrario». Dice que, así como en el hombre sucede al placer el fastidio, también en la mujer el arrepentimiento sucede a la fidelidad; que las mujeres son casos límite, que Dios tomó la costilla de la mujer y construyó con ella al hombre; que los ojos de la mujer

deben reflejar no sus pensamientos, sino los de él; que la cabeza de la mujer no es más que el cojín sobre el que reposa una cabeza; que hay un mundo hermoso en el que los hombres reprochan a las mujeres el cumplimiento de su deseo preferido. O sea, que esta lectura generará bronca y que se cumplirá su propio aforismo, según el cual en la polémica si uno tiene poder para tener razón, el otro entonces no tiene derecho a tenerla.

El cuarto capítulo trata «Sobre los artistas». Aclara que este jamás se deja arrastrar por la vanidad a la autocomplacencia. Establece como distintivo del gremio artístico «hacer de lo evidente un problema propio y resolver los problemas ajenos; saber para los demás y estar uno mismo en el infierno de la duda; preguntar a un criado y responder a un señor». Entiende que no hay otro arte de la palabra si no es la capacidad de poner en claro una opinión. Sostiene que el lenguaje no es el aya, sino la madre del pensamiento; que la idea viene porque se toma por la palabra; que la ciencia es un análisis de espectros y el arte, una síntesis de luz; que las ideas no son de quien las enunció primero sino de quien las enunció mejor; que la frase de Nestroy «he hecho un prisionero y no me deja libre» vale para el artista y para el pensamiento; que el creador y el amante se acreditan en la distancia que hay desde la motivación a la vivencia; que por medio de sus imitadores han probado muchos no ser originales; que lo que importa es el aire en que una palabra respira; que la mediocridad se revuelve contra la pertinencia; que en un verdadero retrato hay que reconocer al retratista.

Las referencias a «Las dos ciudades», por supuesto Viena y Berlín, constituyen el capítulo quinto. El sexto se titula «Lances, ocurrencias». Ahí mantiene que el diablo es optimista si cree que puede hacer peores a los hombres y recuerda algo que olvidan los místicos: que Dios lo es todo, salvo místico. Dice que hoy es original el que haya robado primero; que el que plagia debería copiar cien veces al autor; que un lobo con piel de lobo es un canalla bajo el pretexto de serlo; que el odio tiene que ser productivo porque de lo contrario, amar es igualmente sensato.

En el séptimo, «*Pro domo et mundo*», atisba que los automóviles no consiguen que los conductores avancen; que si hay que creer en algo que no se ve, prefiere los milagros a los bacilos. Esta mención nos lleva a las *Lecturas no obligatorias* de Wisława Szymborska, quien escribe que en medicina hay casos como el de la inmunidad a la ingesta de bacilos patógenos, solo explicables por la aparición de personas con una resistencia

excepcionalmente vigorosa a los hechos evidentes. Evidencias que pueden crearse a partir de las convicciones, como advertía Proust. Reconozcamos que, desde luego, las de Karl Kraus cristalizaban en ese sistema. Bien habría podido decir de sí mismo que, habiéndolo emprendido todo por su sola afición, libre interés o propia y espontánea curiosidad, no se tenía por profesional de nada.

Concha, Ruiloba, 28 de agosto de 2018

SU FUTURO PREDECESOR

Jesús Aguirre

«Murió la vida. El crimen baila tango.»
K. K.

El proyecto de esta edición de Kraus estaba ya asentado hace varios años. Dirigía yo, entonces, esta misma empresa editorial, actividad que a veces se me antoja harto lejana y otras, en cambio, como ejercida en un ayer que no se ha interrumpido todavía: casi ayer noche. Así juega, conmigo al menos, la nostalgia, único imperativo categórico que reconozco.

Comenzamos por publicar en Taurus *La Viena de Wittgenstein* de Toulmin y Janik, y lo hicimos muy poco tiempo después de que en Estados Unidos viese la luz la edición original. (La traducción francesa tiene fecha de 1981.) Los autores eran quizá hasta amigos y, desde luego, conocidos de Aranguren, quien me envió, para su lectura, tempraneras pruebas de imprenta. La obra es un pórtico de lo que, editorialmente, queríamos hacer después y, en parte, ya está hecho. En el bullicio creativo que describe, trasiega el lector nombres con magia propia: Mahler, Freud, Loos, Hofmannsthal, Trakl, Wittgenstein, Schönberg, Kokoschka, Schnitzler, Berg, Rilke, Wedekind, Strindberg *et alii*. Entre todos ellos, el de Kraus surge como el de un gran ministro, mejor dicho maestro, que los une y divide, anima y escarnece, frecuenta y esquiva; como el de un trujamán, en suma, a cuyo discurso se mueven las figuras de la representación. No hubiese esta existido como tal sin Kraus; lo cual no quiere decir que los autores, cometas en cuanto actores, no hubiesen brillado por separado. Hasta las iniciales de Karl Kraus nos fascinan hoy, lectores de Musil que ya somos, por su coincidencia con las de Kakania, país imperial que evoca,

con ímpetus de sinfonía para pentagramas incompletos, el autor de *El hombre sin atributos*.

La Europa de los primeros años setenta, que fueron los de Taurus de que hablo, parecía gozar de una salud más que suficiente; la de ahora padece una crisis que esperamos, con Ortega, rompa en alba. Aquella Viena de fines y principios de siglo componía un cuadro fastuoso de la decadencia. Nos atrajo entonces por la heterodoxia de sus mejores protagonistas; hoy, por afinidad con algunas de nuestras situaciones calamitosas. Claro que, si aquel derrumbamiento europeo tuvo en Viena testigos tan singulares como egregios por sus creaciones, no parece que ahora, entre nosotros, haya muchos, ni pocos, capaces de entonar con acento valedero nuestro canto del cisne. Por eso, por falta de voces, recurrimos a Viena como eco a contrapelo de lo que está ocurriendo en Europa muchos decenios después. Puesto que no damos con la imagen artística de nuestra realidad, nos remitimos a aquella imagen, artísticamente consagrada, de una realidad pareja, sin antecedente. En este caso la lechuza de la conciencia histórica vuela, como el ángel nuevo de Walter Benjamin, hacia atrás.

En una carta, dirigida a Schnitzler en marzo de 1893, anuncia Kraus, en frase de las que más tarde llamaría Canetti «sus frases-fortaleza», el comienzo de una lucha en la que encarnará su vida entera. «Detesto y he detestado esa falsa y trucada *décadence*, que coquetea eternamente consigo misma; impugno e impugnaré siempre la poesía amanerada, enfermiza, masturbada.» Decadencia no solo del águila de los Habsburgo, sino de toda una trama social que acabaría por retorcerse en las llamas de dos guerras mundiales. Ese es el tiempo que Kraus intuye, proféticamente, le ha tocado vivir. Para procurar, sin resignación y con denuedo, desvivirse en él, se ofrecían entonces, como ahora y como siempre que una época se viene abajo, dos senderos que no se bifurcan, sino que resultan paralelos aunque en direcciones en apariencia contrarias: la utopía y la sátira. Lo positivo de esta es su negación; la utopía, a su vez, niega por cuanto afirma lo inasequible. Kraus escogió la sátira. Desde niño había mostrado aptitudes relevantes para la parodia. Quiso ser actor y lo fue, si bien representando siempre el mismo papel, el de Karl Kraus. Su sátira nace y se desarrolla en el lenguaje. Se distingue así de la de un Swift o un Lichtenberg. Y así también cobra vigencia al paso de los años, que difuminan la anécdota y ponen de bulto, en cambio, un resultado objetivo, mediado por nuestra

comprensión de sus materiales expresivos. El lector actual de, por ejemplo, esta edición, puede muy bien prescindir de este prólogo, que por mi parte no tiene intención reconstructiva, sino únicamente deleitosa y por añadidura.

Kraus fue siempre, según la expresión de Valéry, «su futuro predecesor». Antes de cumplir los veinte años publica su primer aforismo; de sus aforismos diría luego Hermann Hesse que constituyen «el autorretrato más audaz y notorio que posee nuestra literatura». A la misma edad ofrece su primera lectura pública, de textos, entonces inauditos, de Detlev von Liliencron. En 1936, año de su muerte —«ese descanso eterno en el que no confío»—, tiene lugar su lectura ciento séptima, esta postrera vez de textos propios. De semejantes lecturas hay que decir que fueron, más que una actividad, una actuación. La mímica de Kraus era en ellas elemento predominante; las citas literales de los «inculpados» conducían a estos, como reos de sus propias vida y obra, al desenlace fatal de la condenación. El público asistía, fascinado por el horror de una flagelación con la que contaba de antemano. Canetti, que escucha a Kraus por primera vez en 1924, nos confesará su resistencia, lograda entonces a duras penas, a la «atrofia de la voluntad para juzgar por mí mismo». Stefan Zweig abomina, más tarde, de quienes se refocilaban con la indignación krausiana no por su contenido de verdad, sino porque eran enemigos partidistas de aquellos a los que Kraus se sentía en el deber de atacar. No hay cara sin cruz; la cara es de cada cual y la cruz, agobiante, es la máscara de los demás, de los otros.

En su primer ensayo extenso, *La literatura demolida*, la sátira contra Hermann Bahr es anecdótica, ya que Bahr es una anécdota en la historia de la literatura. Pero siguen interesándonos la sátira en sí y sus aplicaciones previsoras contra Hofmannsthal. La tertulia literaria de la Viena de fin de siglo se reunía en el café Griensteidl. La demolición del local, por mor de modernización urbanística, dio pie a Kraus para el llamativo título de su publicación censoria. Llegaría, más adelante, a mover, y perder estrepitosamente, un proceso por corrupción contra Bahr como crítico teatral a sueldo de los teatros. La polémica con Hofmannsthal ocupará la vida de ambos. «Huye la vida y ama lo que la embellece»: he aquí el reproche en el que Kraus no desmayará frente al poeta y dramaturgo con el que festejara, mozos los dos, el simultáneo y feliz final del bachillerato. El

periodista nato que nunca dejó de ser Kraus acecha los ocasionales pasteleos de Hofmannsthal con la prensa. El pacifista encolerizado de *Los últimos días de la Humanidad* no acalla su denuncia de los subterfugios, tan belicistas de palabra como cobardes de hecho, que el aplaudido libretista de Richard Strauss amañó durante la campaña de 1914. «La vida hará de la afectación añicos», sentencia el satírico que, tras esta publicación, quedó maltrecho por la paliza que le atizara uno de los contertulios del Griensteidl, cuyas criaturas idílicas, Bambi entre ellas —se trata de Felix Salten—, mal se compadecen con la agresión a puño cerrado. No fue esta la última, hasta el punto de que hubo quien exhortó, por escrito, al molido panfletista que robusteciese su complexión física o cambiase de manera de escribir. Kraus, que adolecía de agorafobia desde niño, nunca ocultó su miedo a cruzar la calle, a pesar del cual mantuvo su gallardía literaria «sin miramientos, incluso sin conciencia de dicho miedo». ¿Cómo extrañarse entonces de que elevase a categoría de patria su propio escritorio? El destino se crece en las pequeñeces. Atropellado por un ciclista «en la oscuridad de una calle de Viena», empeora Kraus de su enfermedad cardiaca y muere poco después, apenas cumplidos los sesenta y dos años.

En la estimativa de Kraus los valores literarios afloran desde la constancia moral de fondo a la sobrehaz estética. Es curioso su escaso interés por la novela, vencido siempre por su entusiasmo ante poetas, dramaturgos y músicos. Tanto entre clásicos como entre contemporáneos el gusto krausiano tiene siempre intenciones de apoyo o de redescubrimiento. El viejo Goethe, a la sazón preterido en favor de sus creaciones de fechas anteriores; Shakespeare, defendido contra las representaciones al uso y para ello traducido de nuevo y adaptado sin acartonamiento; arquitectos, como Loos, para el cual una casa puede ser un delito; pintores, como Kokoschka, que en rostro y en manos de sus figuras consigue retratar el vacío de una época; músicos, como Schönberg, silbado en las salas de concierto vienesas; folletonistas, como Peter Altenberg, vagabundo de su talento por calles, plazas y cafés, sobre los que dice, a pesar de los cronistas locales, la verdad poética y sin tapujos; poetas, como Trakl y Else Lasker-Schüler, devorados por una general incomprensión de los demonios que los habitan. En el aliento de todas estas preferencias hay un poco de disgusto por la crema batida, por las operetas en las que no se expresa nada y se disimula

todo, por la hipocresía sofocante de una ciudad contenta, pero sin alegría, y confiada en el provincianismo de su abatida capitalidad.

Podríamos apilar hecho sobre hecho para dar ejemplos de que Kraus está en el centro vivo de un azar diario que termina por convertirse en ley ilegal de las auténticas creaciones de su tiempo. Basten dos, musical el uno y el otro, poético. En ambos, y en tantos otros, nos encontramos con un Kraus investido de los poderes del *genius loci*.

En marzo de 1905 organiza Kraus una representación privada de *La caja de Pandora* de Wedekind, cuya puesta en escena pública había sido prohibida por la policía. Asiste Alban Berg que, sobre el texto del dramaturgo, compondrá después su ópera *Lulú*, auténtica danza de la muerte de toda una época.

En 1914 Wittgenstein renuncia a cien mil coronas de oro, heredadas de su padre, en favor de escritores menesterosos. El albacea que escoge para distribuir su donación es Ficker, un intelectual de Innsbruck, a quien el filósofo conoce poco. ¿La razón?: «por lo bueno que Kraus ha escrito sobre usted y por lo que usted ha escrito de bueno sobre Kraus». Los beneficiarios del dinero, coronados por tanto, ya que de coronas se trataba, fueron Rilke y Trakl. No siempre las parcas tejen con hilo negro. Trakl, el poeta de los azules y del incesto, publica algunos versos, por recomendación de Kraus, en una prestigiosa colección que dirige Franz Werfel, y retira otros de cierta revista porque su director se enemista con Kraus. En 1912 dedica a este un salmo y en 1913, el siguiente poema:

> *Karl Kraus. Albo Sumo Pontífice de la verdad,*
> *voz de cristal, en la cual de Dios vive el hálito glacial,*
> *mago encolerizado, bajo cuyo manto resuena la azul coraza del guerrero.*

La sátira contra los impostores o contra los que pactan con la impostura no ocupa por entero el corazón de Kraus. En él cupieron afectos familiares, admiración por los que fracasan injustamente, apoyo a los genios que solo pudieron serlo del mañana. Honor que le debemos rendir a ese corazón porque supo latir por quienes hoy hacen latir al nuestro.

El número cuantioso de los aforismos disparados en este volumen contra la corrupción de la prensa justifica su título.

Kraus no es un extraño al mundo periodístico. En él estrenó su pluma. Al comienzo de los años noventa publica profusamente en diarios y revistas de Viena, Bremen, Berlín, Hamburgo y Breslau, llegando a ser redactor de un importante semanario vienés. Se percata enseguida de que «las necedades actuales parece que nacen listas para la imprenta». No teme la censura estatal, que sufrió no pocas veces, sino a la más íntima de los redactores jefe, que le permiten arremeter contra la paja en el ojo ajeno, pero que le prohíben hacer astillas de la viga en el ojo periodístico. El lector busca en la prensa información y encuentra en ella, según Kraus, «impresiones tendenciosas y adornadas». La distinción que propugna entre el lenguaje informativo y el artístico se corresponde con la separación que exigirá en *Moralidad y criminalidad* (1902) entre la esfera pública y la privada. La prensa se le antoja culpable de confundirlo todo, de no saber discernir «una urna de un orinal».

En 1899 funda su propia revista, que editará, contra viento y marea de fiscales y colegas, durante treinta y seis años. «Esperemos que nuestra *Antorcha* [así se llamaba la publicación, que aparecía tres veces al mes] ilumine a nuestro país, en el cual nunca, al contrario que en el de Carlos V, se alza el sol.» Acoge en ella colaboraciones tan significativas entonces como ahora: Liebknecht, Wedekind, Liliencron, Altenberg, Strindberg, Wilde, Schönberg. A partir de 1912, Kraus redacta él solo todas y cada una de sus páginas. La prensa establecida adopta primero la táctica de la callada por respuesta, del ostracismo. Lo cual no obsta a que se sucedan febrilmente las reimpresiones de no pocos números del pequeño cuaderno rojo oscuro. El gesto de aparente indiferencia se torna enseguida en agresividad múltiple: nuevas publicaciones son fundadas y hasta se ponen obras en escena para arruinar el prestigio de Kraus. Hay quien le aconseja que apunte con su esgrima a la prensa mal hecha y, por tanto —*o tempora, o mores!*—, menos influyente. «Los pantanos de la fraseología» son aún más pestilentes al olfato de Kraus en los *buenos* periódicos que en los que no alcanzan una difusión suficiente para que se los considere lo bastante *buenos*. Tras cada proceso judicial corrobora su convicción de que el corrupto «empresario de prensa puede cometer todas las vilezas sin tener que arrepentirse de ninguna».

La intrepidez de Kraus no contó nunca con la cobertura de un partido ni de una escuela. Si libra batallas escritas en pro de una persona y su obra

jamás las acompañará de adhesiones por su ideología. Es amigo de Schönberg, sin defender el dodecafonismo; admira a Brecht, pero no comparte su credo socialista; se entiende bien con Freud, aunque haga escarnio de las secuelas consumistas del psicoanálisis; elogia ardorosamente a Hauptmann, sin participar, en cuanto escritor, de la estética naturalista.

La crítica marxista o marxistizante, representada la primera por el Goldmann que no ha pasado aún por la depuradora del «partido» y la segunda por Hans Mayer, opina que esta actitud krausiana no es sino la indecisión propia de un personaje de entretiempo. Benjamin, en cambio, que lleva puestos los anteojos únicamente por fuera, no se equivoca al entrever que Kraus ocupa por vocación, por destino, una dimensión, la metafísica, que reasume todas sus indiferencias literarias y políticas en una diferenciación invariablemente penúltima: la de vivir no entre una época que agoniza, o que no agoniza tanto, y otra que pugna por nacer y no lo consigue sin mellas, sino pura y personalmente a las puertas del «juicio final».

Categoría esta, la de «juicio final», que es a la vez circunstancia trágicamente descifrada. Cuando frente a las catástrofes de 1914 Kraus escribe *Los últimos días de la Humanidad* no está levantando, como cree la censura y con ella o contra ella creen casi todos, una campaña política; está prediciéndose y prediciendo, moviéndose él solo en la lucidez concéntrica y blanca de la alucinación, del alarido. ¿No había vaticinado pocos años antes que «el progreso fabrica portamonedas de piel humana»? (Frente a este vaticinio, pronunciado en 1910, la pregunta sobre si después de Auschwitz resulta posible la poesía, quizá se descubra como un amaneramiento a crimen pasado que, sin duda, lo seguiría siendo ante el crimen por venir.) Lanzará enseguida su *vae victoribus!* Las acusaciones que entretanto sufre de derrotista, de pacifista, por parte de los nacionales; las de reaccionario, con las que responderán los socialistas a su publicación *Aquende y Allende*; los reproches de los judíos por los artículos, no suyos, sino de Liebknecht, impresos en su revista sobre el asunto Dreyfus, por cierto que doce años antes de su conversión, apadrinada por Loos, al catolicismo; los de los católicos, cuando en 1922 abandona la confesión romana por escándalo ante «el gran fraude de su teatro del mundo»; anécdotas son o peripecias, pero no de Kraus, sino de los otros. La historia tiene cronologías sucesivas. El

apocalipsis no tiene ninguna; sus únicos peldaños son exteriores: los de una intransitable escalera de incendios. Kraus remata su vida con una obra, *La tercera noche de Walpurgis*, en la que el grito no puede regresar al lenguaje articulado, sino únicamente prolongarse en el silencio. «Sobre Hitler no se me ocurre nada» es la primera fase del alegato más implacable, más inexpugnable, por su esencialidad y por su independencia, contra el caos. En el diluvio hubo refugio. No lo hay en el caos, que mata a la palabra. «Ha muerto la palabra, ha muerto la escritura». Se desperezó entonces un mundo, cuyos fieros ronquidos parece que vuelven hoy a solicitar nuestros oídos. Acaso haya entre las penas del infierno una que consista en no poder hablar teniendo que oír.

«Amor infinito, trabajo sin fin.» Kraus tiene cuarenta y un años cuando dicta con esta exclamación, que no es un aforismo sino un secreto de correspondencia íntima, sentencia sobre su educación sentimental. A algunos lectores podrán parecerles ciertos textos krausianos acerca de la mujer una muestra de misoginia. Sin embargo, el autor de *Moralidad y criminalidad* trabaja en contra de la doble moral, una para el hombre, otra para la mujer, sofocante ante todo en el ámbito sexual. Su defensa de una mujer, la actriz Annie Kalmar, cuya muerte da ocasión a determinados artículos injuriosos, fue sentida por razones personales y ardorosa en sus conclusiones objetivas. La crítica de la situación femenina no decae en la *Antorcha*; son frecuentes en sus columnas las citas irrisorias de anuncios, aparecidos en la prensa, de bodas o de deseos, más o menos remilgados, de encontrar el adorado contrayente. Lo que ocurre con las prostitutas es también el prisma a través de cuyas turbias irisaciones espía Kraus la hipocresía del mundo.

Pero digamos pronto que no se puede clasificar a Kraus como pionero del feminismo. Provocan su interés las situaciones concretas de la mujer, sin que le preocupe lo más mínimo la llamada condición femenina. Escéptico ante Freud, que llega a tomarle ingenuamente por uno de los suyos («deberíamos usted y yo hacer piña»), habría sin duda hecho mofa de libros como *El segundo sexo*. En este asunto, como no en pocos otros, el bosque —las ideologías— no estorbó nunca a Kraus la contemplación, minuciosa y apasionada, de cada árbol.

Kraus veneró a su madre, que muere pronto. Amó a la Kalmar, de la cual le separa no el éxito escénico, que esta no tuvo, sino la muerte también

temprana. Vino luego la pasión por Sidonie Nádherny von Borutin, en cuyos vaivenes pierde la pista cualquier análisis de escuela. Se contraponen en ellos la tendencia a la fuga de la dama, que en este aspecto se asemeja a la imperial Sissi, con los encuentros frenéticamente carnales, evocados por cierto sin ningún falso pudor en diarios y cartas, que alejan de Kraus toda afinidad con el aún más imperial Francisco José. Sorprenden el hermetismo y la concentración líricos en una relación como esta, dramatizada en y por rupturas y reconciliaciones a lo largo de veintiséis años, y formulada, que no embellecida o idealizada, en unas 1.065 cartas o misivas. «¡Cuánta lucha para conseguir una ilusión!» La mortaja de Otto Weininger no está lejos de tal hielo incandescente.

La coherencia entre la obra de Kraus y este largo lance amoroso se pone de manifiesto precisamente en que, salvo para algunos, muy pocos, amigos del alma, su relación con Sidonie no se descubre sino tras su muerte. En 1971 aparecen las cartas. En vida, Kraus trataba de usted, en público, claro está, a la baronesa. Mantuvo de hecho el derecho, que tanto defendiera teóricamente, a la separación rigurosa entre la vida pública y la privada. No renunciamos a señalar que ante esta mujer, tan concreta como huidiza, quizá esfinge sin secreto alguno, tuvo Kraus un pálido e inconsciente rival: Rainer Maria Rilke. El poeta de los órdenes celestes vio en Sidonie enseguida a la propietaria de castillos. Nunca sabremos si le encandilaban las propietarias o sus castillos, si le inspiraban estos por estar ellas dentro o ellas porque eran castellanas. Ambos elementos se transmutan en su mitología. Lo cierto es que Kraus, que sabía lo que pasaba y lo que no llegó a pasar, llamaba a Rilke por su segundo nombre: «la María».

Dejamos otras consideraciones políticas, estéticas y variopintas acerca de Kraus y de su obra para el prólogo a un segundo volumen de aforismos, que proyectamos publicar bajo este mismo signo editorial. La recepción que este primero obtenga nos aleccionará sobre la vigencia entre nosotros de las anomalías. No precisamente de esas que la experiencia cotidiana nos tiene acostumbrados a rechazar o simplemente a padecer; anomalías, por tanto, sobre las cuales su propia frecuencia social coloca el gorro de la viabilidad. Las anomalías auténticas, en cambio, son siempre ellas mismas inviables, aunque su cabida, desde luego que en constante inminencia de desahucio, en una sociedad concreta hace a esta más capaz de vigilia sobre sí misma. Kraus es una anomalía de esta índole. No fue, como Kierkegaard, un

pensador religioso. Su «juicio final» no prescribe cada día al remitirse a fronteras escatológicas, sino que acontece en esa meta ínsita en el origen y «que no debemos pasar por alto». La intensidad de cada instante adquiere así contornos y contenidos de destino. Contagia, además, de su fervor a las cosas entre las que se vive. A Kraus una palabra le «interpela con la boca abierta», y él mismo le pregunta a un cuadro, que cuelga en su gabinete de trabajo, por su estado de ánimo (el del cuadro), y al reloj, si se encuentra cansado, y a la noche, si ha logrado descansar. Naturalmente que este comportamiento nada tiene que ver con el ternurismo de los dibujos animados, sino que es una fantasmagoría propia de quien, como Kraus, dormía de día y vivía, trabajaba, de noche. Empleo este del tiempo nada caprichoso, sino voluntariamente satírico. Sí; para Kraus la sátira no es meramente un género literario, sino razón de vida. En ella hizo su resistencia y se convirtió él mismo, como Canetti dice, en una escuela de resistentes.

Leía Kraus por primera vez en Viena. Vivía, entonces, en una casa *art nouveau*, cuyos dueños, Aenne y Wolfgang Dern, me regalaron una edición, precisamente de aforismos, impresa en Leipzig en 1911. Vaya, pues, para estos amigos, a los que la muerte no ha separado en mi corazón, mi primer agradecimiento. El último, recentísimo, se lo debo al conde Schallenberg, embajador de Austria en Madrid, quien con paciencia y buen tino ha sabido aconsejarme en mis dudas de traductor sobre determinados términos dialectales y expresiones de sabor local de este texto de Kraus, que el lector haya quizá, para su fortuna, leído de un tirón, sin entretenerse en este prólogo, mezcla, como diría Eugenio d'Ors, de «vagabundeo y método».

Liria, enero de 1982

1

De la sociedad

La mano sobre los ojos —esta es la única caperuza en este desencantado mundo—. Se ve entre los dedos a todos los que quieren acercarse, y uno está protegido. Creen que cavilamos, si ponemos la mano por delante. De lo contrario, no.

Todavía hay personas entre nosotros que tienen aires de venir de la crucifixión de Cristo, y otras que parecen preguntar: «¿Qué dijo?». Y otras que lo ponen todo por escrito bajo el título «Los sucesos del Gólgota».

¡Semejante plaga esta vida en sociedad! A menudo es alguien tan complaciente que me ofrece fuego, y yo tengo, para ser complaciente, que sacar de la pitillera un cigarrillo.

A la gente a la que no saludo la divido en cuatro grupos. Hay a quienes no saludo para no comprometerme. Este es el caso más sencillo. Hay además a quienes no saludo para no comprometerlos. Lo cual exige cierta atención. Pero hay también a quienes no saludo para no perjudicarme ante ellos. Estos son más difíciles de tratar. Y hay, al fin, a quienes no saludo para no perjudicarme ante mí mismo. Lo cual significa que debo estar especialmente alerta. Tengo ya, sin embargo, bastante rutina, y en la manera de no saludar sé expresar cada uno de los matices, y así con nadie cometo una injusticia.

No basta con no saludar. Tampoco se saluda a gente a la que no se conoce.

Alguna base debe de haber en la vida nueva para una relación trastocada entre la oferta y la demanda. De lo contrario, no sería posible que un

diálogo socrático quedase interrumpido con tal frecuencia por alguien que pregunta si se quiere comprar un cepillo de dientes.

Se recomienda asesinar enseguida a los señores que contestan con la frase siguiente al ofrecimiento de un cigarro: «No diré que no». Porque, si no, podría darse el caso de que a la pregunta de si les gusta una mujer respondan: «A nadie le amarga un dulce».

Resulta conmovedor y melancólico ver que el trabajo mecánico reprime por doquier al individual. Solo los desfloradores van por ahí, con la cabeza alta, convencidos de ser irremplazables. Exactamente igual hablaban hace veinte años los cocheros de punto.

Todos son iguales ante el peluquero. El primero que llega tiene precedencia. Te crees que se ha sentado antes que tú un duque, y cuando cae el paño se levanta un mozo de taberna.

Un camarero es una persona que lleva frac sin que se note. A su vez, hay personas a las que se toma por camareros en cuanto llevan frac. El frac, por tanto, no tiene valor en ningún caso.

Si alguien se ha comportado como una bestia, dice: ¡no soy más que un hombre! Pero si ha sido tratado como una bestia, dice: ¡al fin y al cabo soy un hombre!

En alguna parte encontré esta inscripción: «Se ruega dejar este lugar como se desearía encontrarlo». ¡Si los educadores hablasen a las personas con la mitad, por lo menos, de contundencia que los hoteleros!

Con la gente que utiliza el término «efectivamente», no me trato.

La sociedad burguesa se divide en los que tienen el apéndice extirpado y los que ni siquiera tienen apéndice suficiente para poder costearse la orden de Francisco José.

Un cigarro, dijo el altruista, un cigarro, querido, no le puedo dar. Pero si alguna vez necesita usted fuego, basta con que se dirija a mí; mi cigarro arde siempre.

A las personas distinguidas no les gusta manifestarse. En cuanto ven que alguien comete una bajeza, se sienten solidarias, aunque no todas tengan el coraje de hacerlo saber.

Nada podía hacerse con él, porque él mismo era algo. No tenía esa habilidad que es mejor que lo que se es, ya que pone de bulto lo que no se es.

A uno, al que tuvo que acosar la vida con insidias porque no estaba a su altura, le hacían reproches desde su bajeza.

Hay hipócritas que se jactan de ser deshonestos para serlo con ese pretexto.

Se debiera combatir la beneficencia no por tacañería, sino por *Weltanschauung*.

Hay personas que toda su vida guardan rencor a un mendigo por no haberle dado nada.

Te perdonarán la bajeza que han perpetrado en contra tuya antes que el favor que de ti recibieron.

He experimentado tan a menudo que alguien, que compartía mi opinión, se quedara con la mejor parte, que ahora soy avispado y no hago más que ofrecer ideas a los demás.

El repulsivo me encuentra insoportable. Pero no nos iremos cada uno por nuestro lado hasta que haya recibido de él lo bastante.

¿Cuándo terminará esta ciudad maliciosamente desconocida por merecer la loa de que disfruta? Jamás se ha esforzado por una ociosidad garbosa. Tendría que acabar con la mala costumbre de que sus gentes estén todo el bendito día paradas para ponerse a pasear.

En el arte se estima, entre nosotros, el negocio, y en la hospedería se estima la personalidad.

Ya no me conviene vivir en una población que sabe que hace diez años pedí una legumbre que no estuviese quemada, y que además no llama a la legumbre por mi nombre, sino a mí por el de la legumbre.

Que el austriaco ha estado sentado, mientras que el alemán en la misma situación no estuvo ocioso sino que se asentó, es lo que caracteriza por entero la diferencia de los temperamentos. Aquel conoce a lo sumo un movimiento, a saber: el que desde el punto de reposo lleva hacia atrás. No admite que la coleta le cuelga por detrás, sino «pospuestamente». Es curioso, en el tranvía habla de un vagón «pospuesto», en lugar de uno trasero; puesto que es culto y se siente obligado a renunciar incluso a la asociación de ideas más corriente.

En Berlín anda tanta gente que no se encuentra a nadie. En Viena se encuentra a tanta gente que nadie anda.

Lo que inevitablemente empuja a la locura es el panorama de una ciudad en la que cada comparsa se convierte en figura de primer plano. Aquí podemos ir por una calle en la cual un barrendero nos cierra el camino, y tenemos tiempo de contemplar sus rasgos hasta que ha apartado la escoba. Nada hay en esa calle más que el barrendero, y este crece gigantescamente y se alza ante la vida. O también puede ser un corredor de plaza. Le vemos a diario, evolucionamos con él, y nos decimos: también él encanece. ¿No resulta trágico que en este plazo de espera tengamos que contemplar hasta la muerte cómo vive la trivialidad? Los comparsas se han hecho con el diálogo. Los granitos de caviar cobran un rostro, son discernibles y amenazan con devorar al comensal. La vida de esta ciudad está diseñada con absoluta carencia de perspectiva, y sus figuras son como las de una

revista satírica de mal gusto. Están paradas donde debieran andar. Andan para enseñar sus botines. Los caballos están suspendidos en el aire con las patas delanteras estiradas. Uno cuenta, riendo, un chiste, y jamás cierra ya las fauces. Una florista se entromete en la conversación. Un cochero señala a su vehículo y espera que la seguridad de poseer un coche de punto termine por llevar al pasajero o convencerse de ello por sí mismo. El joven Pollak está hoy mal afeitado.

Queramos o no, tenemos que estar junto a la cuna de la fama que lleva por todo el mundo el nombre de un congratularte, de un condolerte, de un presente, de un ausente. Nuestro cerebro ya no se defiende contra esa nomenclatura terrible que significan las páginas locales de los periódicos; y al final tomamos la inconsistencia de una popularidad por esa hondura a cuyo fondo no hay acceso. Viena es el terreno de esas personalidades que son queridas gracias a su popularidad. Se nos presentan con un animado «Nos conocemos, ¿eh?», y hace falta mucho tiempo para que logremos aprender a no conocerlos.

No me quejaría porque me hiciesen «aflojar» las propinas. Penoso es solo que tenga que sacarlas del bolsillo cuando llueve, cuando estoy pensativo o cuando sucede cualquier otra cosa no favorable a las obras de caridad.

He encontrado una idea, pero debo buscar siete monedas. Pierdo la idea, pero encuentro siete monedas. Ya está otra vez la idea cerca; solo tengo que buscarla. El funcionario espera: tengo que buscar una moneda. Ya la tengo. Que no, que es un botón. El pueblo está ahí, participando. De nuevo se ha ido la idea. El funcionario está todavía aquí. Debo darle una moneda, pero solo tengo la que no vale. Mi chaqueta está abierta, el tiempo es frío y húmedo, estoy entre corrientes. Cogeré la gripe y no podré trabajar. He de reflexionar: ¿cambio o me concentro? Si cambio, ya sé lo que ocurrirá. Una mano sucia toma la mía, mete en ella las monedas de cobre y esparce por encima las de níquel. Abrocho la chaqueta. Ahora vendrá enseguida la idea. El funcionario se vuelve desdeñoso y toca la bocina. Ahora se ha ido, la idea.

El vienés se dio cuenta de que el abrepuertas de los vagones no tenía sentido. Y entonces inventó picaportes con los que no se puede abrir.

Soñé que había muerto por la patria. Y enseguida se presentó un sepulturero tendiendo la mano.

Solo hay una posibilidad de salvarse de la máquina. Y es esta: utilizarla. Solo con un automóvil llega uno a sí mismo.

El mayor de los males es que nos obliguen por coacción a dilapidar en las cosas externas de la vida la fuerza interior a la que aquellas debieran servir.

Viena: el aristócrata come ostras, el pueblo mira. Berlín: el pueblo no mira cuando el aristócrata come ostras. Pero en cualquier caso, para ahorrarle toda molestia al aristócrata y para que el pueblo esté distraído, que también este coma ostras. Esta es la democracia con la que estoy de acuerdo.

«Todos somos humanos» no es una disculpa, sino pura arrogancia.

Tiene razón un pueblo que canta esta canción: *Jacobito, no te atrevas*; porque la situación es temerosa.

Cuando el caballo se subió a la acera, dijo el cochero: «Todavía es joven y tiene que aprender». Cuando otro caballo se subió también a la acera, dijo el cochero: «Es que está ciego». Por una vez en mi vida, quisiera dar con el caballo apropiado.

Soy modesto y sé bien que una pregunta recorre mi vida: «¿Quiere usía que le lleve?». Pero debo poner en juego toda mi presencia de espíritu para hallar siempre una respuesta nueva.

A veces también yo siento algo así como un asomo de caridad. Ríe el sol, el mundo vuelve a ser joven, y si alguien me pidiese hoy fuego, estaría dispuesto, no sé, no sé, a no hacerme de rogar y dárselo.

Sentarse a solas ante una mesa no basta a la necesidad de soledad. Debe además haber sillones vacíos alrededor. Cuando un camarero retira uno de esos sillones en los que no se sienta un alma, percibo un hueco y se despierta mi natural sociable. No puedo vivir sin sillones que estén libres.

Cabe cerrarse al mundo toda la semana. Pero hay una penetrante sensación de domingo a la que no podemos hurtarnos ni en un tragaluz, ni en la cumbre de una montaña, ni siquiera en un ascensor.

En Austria se vive como entre parientes. No se cree en el talento con el que se ha crecido. En el austriaco hay una propensión indestructible a tener por pequeño al que se conoció de muy pequeño. «¿Qué puede haber en alguien a quien conozco personalmente?», piensa el austriaco. Y tendría razón si no pasase por alto algo que es, desde luego, tan insignificante que resulta fácil no tenerlo en cuenta: el uso escaso que el otro hace de tal conocimiento.

En Viena, a los niños se les da papilla y a los hombres, tormento.

Antes se acostumbrará un caballo a un automóvil que un paseante del Ring se acostumbre a mí. Son muchas las catástrofes que ocurren por temor.

Ciego, desnortado en el cosmos, sabría enseguida dónde estoy si me presentasen el siguiente epígrafe: «Trigésimo jubileo del cirujano de ojos de gallina en el establecimiento Diana».

«Vamos, no seas plomo», dice el vienés a todo el que se aburre en su compañía.

Ya tengo la diferencia: en otras ciudades hay que sentarse en el coche para llegar a la meta. En Viena se tiene una meta que es sentarse en el coche. Pero ni siquiera se trata de viajar en coche, sino más bien de demostrar simpatía por los coches de alquiler.

Los restaurantes son oportunidades para que los hospederos saluden, los huéspedes encarguen el menú y los camareros coman.

La mitad del tiempo se lo pasa resistiendo, la otra mitad indignándose.

Cuando un pensador comienza a exponer un ideal, todos se sienten concernidos de buen grado. Yo he descrito al infrahombre: ¿quién querrá colaborar conmigo?

Creo que una serie apretada de hechos vergonzosos nunca ha desatado en el mundo tanta exasperación moral como desata en la ciudad en la que vivo la no venalidad de mi pensamiento. He advertido que la gente, a la que jamás hice daño alguno, reventaba al verme y se disolvía en los átomos de la trivialidad universal. La mujer de un periodista de un diario de la tarde subió en una estación a un departamento de primera clase, me vio y murió con una maldición en los labios. Y ello porque yo nunca tomo en las estaciones billetes gratuitos, lo cual es con toda probabilidad el menor de mis defectos. Personas cuya sangre fluye perezosamente, si me divisan, expectoran y se van por su lado. Todos ellos son mártires; están en pro de una causa general y saben que mi ataque no vale para cada uno de ellos, sino para su conjunto. Se trata del primer caso en que esta sociedad tullida, que pone vendas a sus esquirlas, cobra ánimos para un gesto. Siglos ha que no se escupía al paso de un escritor. La humanidad corre toda ella hacia Mesina, la estupidez se siente solidaria ante mi revista. No hay contradicciones de clase, calla la disputa nacional y la asociación para la defensa contra el antisemitismo se queda al hablar con los brazos cruzados. Estoy sentado en el café: a mi derecha, una tertulia de gente mal trajeada que se hurga la nariz, manifiestamente, por tanto, funcionarios alemanes racistas; a mi izquierda, hombres feroces, con enormes barbas negras, que parecen dar a entender que la fe en el asesinato ritual tiene una pizca de justificación, pero que desde luego no son más que políticos socialistas que, a la manera de los matarifes, llevan el cuchillo en la boca. Dos mundos entre los que aparentemente no hay entendimiento. Wotan y Jehová se lanzan miradas hostiles —pero los rayos de su odio se encuentran en mi poquedad—. Que el Gobierno austriaco no haya caído todavía en la idea de reclamarme como programa propio solo se explica por su proverbial desorientación.

Lo que me convierte en una maldición de la sociedad, a cuyo margen vivo, es la brusquedad con la que renombres, caracteres, cerebros se desvelan ante mí sin que yo tenga que desenmascararlos. Largos años soporta alguien su importancia hasta que yo, en un instante imprevisto, le exonero de ella. Me dejo engañar en tanto quiero. No es asunto mío «penetrar» a los demás, y ni siquiera me pongo a ello. Pero un día el vecino se toca la frente, sabe quién es y me odia. La debilidad implora ante mí, y dice que soy inconsistente. A la comodidad le dejo hacer, ya que no puede causarme daño; de pronto, cuando se trata de sí o no, se destroza por sí misma. No necesito sino tener alguna vez derecho a realizar algo que huela a carácter, o hacerme sospechoso de cualquier otra manera, y automáticamente se pone la actitud de manifiesto. Si es verdad que los malos ejemplos corrompen las buenas costumbres, también lo es que los ejemplos buenos lo consiguen en mucha mayor medida. El que tiene la fuerza de ser ejemplo saca a su entorno de quicio, y las buenas costumbres, que conforman el contenido vital de la mala sociedad, están siempre en peligro de ser corrompidas. Mi temperamento tolera la sosería en tanto permanezca en los límites académicos; pero si la pruebo con hechos, se pone medrosa y se me escapa. Soporto el aburrimiento mejor que él a mí. Se dice que soy impaciente. El caso es lo contrario. Puedo tratar a la gente más monótona sin percatarme de ello. Estoy a cada instante tan ocupado conmigo mismo que ninguna conversación puede hacerme mella. La sociabilidad es para la mayoría un baño de cuerpo entero en el que sumerge la cabeza; a mí apenas me salpica el pie. Ninguna anécdota, ningún recuerdo de viaje, ninguna prenda del cofrecillo del saber, en una palabra, lo que la gente entiende como la quintaesencia de la conversación, podría interrumpirme en mi actividad interior. La capacidad creadora ha deparado en todo tiempo a la impotencia mayor incomodidad que esta a aquella. Así se explica que mi compañía resulte a tantos insoportable, y que estos solo permanezcan a mi lado por una cortesía mal empleada. Me sería fácil complacer a quienes tienen que ser constantemente estimulados para conversar. Inculto como soy, y tan cierto es que de astronomía, contrapunto y budismo entiendo menos que un recién nacido, estaría, sin embargo, en situación, por medio de preguntas y hábiles objeciones, de simular un interés y probar conocimientos superficiales más halagadores para el polígrafo que un saber especializado que podría abochornarle. Pero yo, que en mi vida he dado un paso hacia

necesidades que no reconozca como ingeniosas, me comporto en tales situaciones como un palurdo consumado. ¡Pero no como un palurdo que bosteza (que eso sería humano), no, sino como un palurdo que piensa! Además rehúso hacer partícipe de mis propios dones al mísero que sufre tormentos de Tántalo ante los frutos de sus lecturas y que muere de hambre en el granero egipcio del saber. Endurecido el corazón como si piedra fuese, hago incluso chistes peores que los que se me ocurren y no traiciono nada de lo que, entre dos sorbos de café, escribo en mi cuaderno. Algún día, en un momento incontrolado, cuando no se me vaya a ocurrir nada y exista el peligro de que la sociabilidad penetre en mi cerebro, me pegaré un tiro.

Si el emporcamiento no tiene el buen nombre de un contrato hostil y, a lo sumo, en cambio, el derecho de cobrarle un saber a la vulgaridad, habrá que pensar más en la perspectiva que en el honor.

Desde hace diez años están mis enemigos buscando motivos. O bien obro como obro porque no me dieron pan con manteca, o bien obro así aunque me lo hayan dado. El pan con manteca está en el juego, de eso no cabe la menor duda; solo queda elección entre apetito de venganza o ingratitud. Que una acción no pueda resultar de ambos motivos es algo que depara gran incomodidad a mis enemigos. Pero qué a gusto admito los dos motivos si al hacerlo me escapo de la pregunta deprimente que me dirige la benevolencia: «Dígame, por favor, se lo ruego, ¿qué tiene usted contra Fulano?».

El mundo de las relaciones, en el que un saludo tiene más fuerza que la fe, y en el cual se hace uno con el enemigo al atrapar su mano, ese mundo tiene por cálculo la aversión por su sistema, y si no desprecia precisamente a Hércules por haber hecho difícil su vida y la de tres mil bueyes, investiga los motivos y pregunta: «¿Qué tiene usted en contra de Augias?».

Siempre hay en ello algo de verdad. He sido, se dice, monista en otro tiempo. Realmente, en otro tiempo escribí algo contra el monismo. No entré, se dice, en ese periódico al que luego he combatido. Realmente, rechacé su propuesta. He debido de congraciarme por carta con alguien influyente. Realmente, he recibido dicha carta. En una palabra, siempre hay en ello algo de verdad.

La manera que tienen los demás de defenderse de mí corrobora hasta tal punto la justificación de mi ataque, que siempre lamento no haber conocido su defensa de antemano para incluirla en este como el motivo más firme. Un filósofo, al que desenmascaré como viajante de comercio, dijo: «Lo hizo solo porque no quise colaborar en su revista»; como adjunto en la universidad, tuvo que rechazar tamaño reto. Claro que no recuerdo haberlo invitado. Si lo hice, debió de ser antes de que aspirase a la cátedra, y quiso entonces decir que rehusaba por desear convertirse en adjunto. Si sé algo semejante, se acelera mi conocimiento y lo asumo en mi juicio, puesto que mis ataques llevan su motivo en la frente. Pero en tanto aquel me suponga el de la venganza, miente, inculpándose así de una actitud que es peor que mi venganza. Y obra además ilógicamente, ya que queda por resolver cómo es posible, con tal exhibición de egoísmo y cálculo y tanto subterfugio para lograr ambiciones intelectuales, que no me haya convertido tiempo ha en un adjunto. ¡Si fuese lo que dicen, hace tiempo que sería lo que son! Cada vez que alguien a quien he llamado mala persona me responde, debo confesar: ¡que fuese tan mala persona, no pude ni pensarlo!

No pocos, a los cuales nunca he conocido, me saludan, esperando que tras tanto tiempo haya olvidado que no los he conocido nunca y vuelva a saludar al conocido nuevo como a un antiguo conocido. Claro que no sé exactamente a quién conozco; pero sí sé exactamente a quién no conozco. Cualquier error queda excluido. Y si alguna vez ocurre, el saludo me recuerda a tiempo que no conozco al personaje, y entonces repararé en él hasta el fin de mis días. ¿Quién es el que acaba de…? —me pregunta un viejo conocido—. ¿No le conoce usted? ¡Es él quien se ha creído que yo me he olvidado de que no le conozco!

Una infamia, eso es un saludo. El pobre tipo me toma por un chantajista y cree que le va a costar el cuello no quitarse el sombrero. Cobran en ello expresión una valoración literaria y una ética, y es más hiriente aquella que esta. La gente podría hace tiempo estar tranquila y saber que yo no puedo causar ya daño; que ya no intervengo en el engranaje social, y que solo quiero que este no me moleste. Si a un determinado individuo le nombro un día, no es más que porque el nombre es un elemento de humor. Debiera

decirse esto a sí mismo y manifestar el disgusto consiguiente negando ostentosamente el saludo. (Esto vale para actores y consejeros imperiales; los camareros saludan por otros motivos.)

Pienso que una mujer fea que se mira al espejo está convencida de que la imagen reflejada es fea, no ella misma. Y así ve la sociedad su bajeza en un espejo y cree, por estupidez, que yo soy un tipejo.

La vida vienesa es bella. El día entero toca flautas por mí.

Es fácil morir por una patria en la que no se puede vivir. Pero como patriota preferiría el suicidio a una derrota.

¿No se debería, temblando en el orden de batalla de la vida burguesa, aprovechar la ocasión y desertar a la guerra?

El arte malo y la mala vida se prueban en una identidad atroz. Nos mira esta boquiabierta con la inmovilidad de los diletantismos, que hoy se buscan tanto en revistas de humor y en operetas porque facilitan el desconocimiento de la vida. Rostros como natillas pasmadas, que están siempre ahí y que se nos ofrecen en la serie inalterable de pastas, pasteles, pastelillos y tartas. Caballos de carrera que parecen haberse soltado de un tiovivo, automóviles a la velocidad desencadenada del accidente. Peatones que no tienen suelo bajo los pies. Globos que no suben, piedras que no caen. Una vida que expone imágenes vivientes y que está por ello tan preparada para el fotógrafo que no se reconocería en el arte, tomando por verdadero artista al diletante que ilumina su identidad. Y ha terminado por ser verdad que ese diletante expresa con más vigor la cultura de su zona que el artista que transpone en placer su miseria. Y es tan fuerte el efecto de esa humanidad de porteros, soldados de infantería y funcionarios, humanidad sacada de la cama y puesta inmediatamente en un espacio sin aire, que al duplicar esa vida duplica también el hastío vital.

Tengo miedo de los cuerpos que se me aparecen.

Vuelvo tarde de Berlín. He estado diez veces en la estación de Anhalt. Pero en el último momento, como una mano invisible, me retuvo el pensamiento en la estación del Noroeste y en el caos sin desenredo de los tres coches. Con uno de los tres tendré que habérmelas, estrangulará mi vida, no me llevará a la meta. Falta aún el viaje a través de Bohemia, pero entonces, cuando llegue, no entenderé nada de la lengua. Siento que no soportaré el miedo ante algo que pase a la llegada, por la tarifa por exceso de equipaje, y por el segundo distrito, y porque es una estación, y porque estamos en Viena, y por la arrogancia de los empleados y la ignominiosa futilidad de sus callados servicios. También quisiera mantenerme a la expectativa respecto del desarrollo de aquellos países cuya significación histórica consiste en formar un bastión seguro contra el peligro turco y un escenario de la lucha del Gobierno por el taxímetro. Entretanto, podría haber triunfado en la corte de Viena el partido de la paz, y todo volvería entonces a estar bien… Se me pasaban estas cosas por la cabeza mientras viajaba a través de la noche. «¡Destino, hazme una señal! Tendrá que ser el primero que mañana por la mañana venga a mi encuentro con un signo de amor.» ¡Convierte tú, destino, en consigna de mi talante la primera palabra que oiga en suelo vienés! ¿Y si fuese la que he oído tan a menudo? ¿Es ineludible? Ya estoy aquí: «¡El ochenta y cinco!». «¡Venga, venga, dame por el tras!»

¡Que mi estilo aprese todo el alboroto de la temporalidad! Así es como fastidiará a los coetáneos. ¡Pero que la posteridad sostenga mi estilo en su oído como una concha en la que un océano de fango hace música!

Propuestas para volver a granjearme la voluntad de esta ciudad: modificación del dialecto y prohibición de propagarse.

De una ciudad en la que he de vivir, exijo: asfalto, llaves del portal, calefacción, agua corriente. Ameno, ya lo soy yo.

2

Sobre periodistas, estetas, políticos, psicólogos, estúpidos y eruditos

¿Por qué no habrá la eternidad querido abortar este engendro del tiempo? Su lunar de nacimiento es un timbre de periódico, su alhorre es del color de la letra impresa y es tinta lo que discurre por sus venas.

«Lo verás con tus ojos, pero no comerás de ello.» Para los increyentes actuales se ha cumplido esta sentencia de otra manera. Comen lo que no les es dado ver. Prodigio este que es corriente dondequiera se viva la vida de segunda mano: la de los fariseos y eruditos.

Nuestra época se comporta de tal guisa que, convicta de evolución, parece impedida por el perfeccionismo para participar en ella personalmente. Su duración consiste en un aval de garantía que impone al mecánico una grave responsabilidad; pero dura esta seguramente tanto como dicho aval. Es posible, con todo, que la Edad de Piedra y la de Bronce hayan sido más duraderas que la Edad del Papel.

Si un sastre se da aires, tendrá que meterse la plancha en el bolsillo. Quien no tiene personalidad deberá tener peso. Es de provecho escaso que el sastre forre de guata su tripa y que el periodista se atiborre de ideas ajenas. Es propia de aquel la plancha y no debe este avergonzarse del filisteísmo que le mantiene, y solo a él, en pie. Pero ambos creen ponerse a barlovento porque les da una ventolada.

¿Qué es un brinco sin sentido? ¿Qué es aún más inaprensible e inconsistente, más desfondado e imprevisible que el rumor? La prensa, que es el embudo de la bocina.

Los cuchillos dicen: «¡Sin nosotros no habría jamón!».
Los periodistas dicen: «¡Sin nosotros no habría cultura!».
Los gusanos dicen: «¡Sin nosotros no habría cadáver!».

No tener una idea y poder expresarla: eso hace al periodista.

Los periodistas escriben porque no tienen nada que decir, y tienen algo que decir porque escriben.

El pintor tiene en común con el que lo es de brocha gorda que ambos se ensucian las manos. Y eso es precisamente lo que diferencia al escritor del periodista.

Que el esteta se haya sentido últimamente atraído por la política es algo que no precisa de motivaciones profundas, ya que tiene tan pocas como la política. Por eso se encuentran. La vida lineal envidia a la vida superficial porque esta es más ancha. El esteta podría también haber aprendido a valorar el color en el partido. Incluso un tricolor: ¡lo estoy viendo! Es como si hasta ahora no se hubiesen rendido honores bastantes a la belleza de una gorra jacobina; así de democráticamente se conducen hoy los hiperfinos. Confiesan un color, puesto que es un color. Han renunciado al mundo, ya que era un gesto renunciar al mundo; ahora buscan el mundo como gesto. Arden en ganas de vincularse con un artículo de periódico a la patria, al Estado, al pueblo o a cualquier otra cosa que huela mal, pero que es más duradera que la belleza por la que se sacrificaron en vano. Ya no quieren estar ociosos en un rincón; tienen sed de las hazañas ajenas. Es un espectáculo de circo: los artistas se retiran. Pero llegan los servidores de la política y trajinan los principios sociales, con lo cual levantan mucho polvo. El memo de turno, claro está, abigarrado de colores, hace gestos de disponibilidad y enmaraña la vida para prolongar la pausa.

Los artistas escriben ahora contra el arte y hacen campaña en favor de la anexión a la vida. Goethe mira, sin humanidad, «desde las colinas fantasmales, en las que los genios alemanes acaso se entiendan unos con otros, impertérritamente hacia su impertérrito país. Contentadizos perezosos cubren con su nombre una existencia vacía». ¡Pero que no haya cultura sin

humanidad! Así se acalora alguno al que se aprecia por su prosa. Quiere una marsellesa para que su prosa no se oiga. Goethe guía la mano de quien la alza contra Goethe. Yo, en cambio, creo que en la obra de arte se ahorra lo que las energías espirituales inmediatas dilapidan. Humanidad no es el primero, sino el último efecto del arte. La humanidad de Goethe es un efecto a gran distancia. Hay astros que nunca son vistos mientras existen. Su luz tiene un camino anchuroso, y tiempo ha que se han apagado cuando iluminan la tierra. Son familiares a los noctámbulos: ¿de qué les sirve Goethe a los estetas? Su prejuicio consiste en que sin su luz no saben volver a casa. En realidad no tienen casa, y el arte significa para ellos tan poco como la pelea para los fanfarrones. También el esteta es demasiado cobarde cara a la vida; pero el artista sale victorioso de su huida ante ella. El esteta es un fanfarrón de las derrotas; el artista se mantiene sin participar en la lucha. No es un compañero de viaje. Su asunto no es ir con el presente, puesto que es asunto del futuro ir a su vera.

Que los artistas se comprometan en la buena causa siempre será mejor que si los periodistas favorecen la línea bella.

Si a los estetas les alegra el gesto con el que alguien roba de la Caja de Ahorros cinco millones, manifestando, además, públicamente, que la diversión que el escándalo aporta a un «par de sibaritas» vale más que la suma perdida, tendremos que decirles lo siguiente: si el gesto de dicha diversión es una obra de arte, somos entonces nobles y no importa que se pierda un millón más o un millón menos. Si de ello resulta un editorial de prensa, se despierta nuestro sentido social y ni siquiera aprobamos cuatro cuartos para el *gaudium.* Si la bancarrota estatal es una obra de arte, el mundo cobrará en ella su negocio. Claro que no es eso lo que notamos en el presupuesto doméstico; condenamos entonces la estética popular que disculpa a los ladrones sin indemnizar a los robados.

La idea, asumida de buenas a primeras y reducida a opinión popular, es un peligro. Solo si los revolucionarios están bajo siete llaves tendrá la reacción oportunidad de trabajar en la desmaterialización de la idea.

Un individuo puede hundir la libertad más fácilmente que una individualidad la coacción.

Una forma de sociedad que lleva a la libertad a través de la coacción quizá se quede a medio camino. La que conduce a la arbitrariedad por la libertad está siempre en la meta.

Alguna vez habrá que decirle al ciudadano que con la señal de «adelantar por la derecha, desviar por la izquierda» ha hecho el Estado caso omiso de su libertad.

Democracia significa poder ser esclavo de cualquiera.

Quizá resultase mejor que los hombres tuviesen bozales y los perros, leyes; que se llevase a los hombres con correa y a los perros, con religión. La rabia decrecería en la misma medida que la política.

Los importunos buhoneros de la libertad que, cuando el pueblo ya no quiere comprar nada, desembragan el preservativo de la educación quedarán por cierto tiempo contentos del éxito de su entrometimiento. La cultura se las ha habido siempre de buen grado con el servicio doméstico.

El liberal no se recata en aducir contra el tirano los argumentos del santurrón.

El nacionalismo es un hervidero en el que se incrusta cualquier otra idea.

Han creído los judíos haber procurado una prueba sólida de su capacidad de asimilación al apropiarse de manera exagerada de las oportunidades cristianas. Con lo cual han aumentado considerablemente las oportunidades judías. No; ya no están entre ellos: lo están los otros. Y deberá pasar tiempo hasta que se descarte la antinomia según la cual Samuel no suena tan bien como Sigfrido. ¡Que los mundos no son uno, si uno de ellos lleva el traje del otro y este otro ha tenido, por eso, que quitárselo! Pero que sea bienvenido el nacionalismo judío, así como cualquier otro retroceso desde

una cultura seudónima hasta un contenido cultural para el que de nuevo es un valor ser un problema.

Con frecuencia, el historicista no es sino un periodista vuelto del revés.

¿Qué es un historicista? Alguien que escribe demasiado mal para poder colaborar en un periódico.

El periodismo ha apestado al mundo con cierto talento; el historicismo, sin ninguno.

El periodismo vienés no va más allá de los protagonistas de historietas y de los mirones. Es divertido u observador. En cambio, en Berlín se ocupa hasta de la psicología. Pero la fatalidad de todo espíritu de segunda mano consiste en que su nadería salta más claramente a la vista cuando se atreve con tareas más graves. El chismoso es, desde luego, una de las criaturas más denostadas que progresan en nuestro clima espiritual. Tiene, sin embargo, una mayor conexión con la naturaleza creativa que el mirón y, sobre todo, que el psicólogo; ambos utilizan únicamente los enseres domésticos del descaro, que el desarrollo técnico ha puesto en sus manos. El gracioso destaca, por sus aptitudes inanes, sobre la maña del mirón, igual que a su vez este sobresale con ventaja por encima de la educación inane del psicólogo. Son todos ellos los tipos fundamentales de la miseria espiritual, entre los cuales tienen sin duda sitio tantas variedades como oportunidades para los clichés depara el mundo orgánico del espíritu. Cerca del mirón está el esteta, que se distingue por su amor a los colores y su sentido de los matices, así como percibe en las cosas del mundo aparente la porquería que se mete entre las uñas. Puede también amalgamar con el psicólogo una especie peculiar de reportaje festivo, tipo muy del agrado de Berlín y de Viena, que desde posibilidades y contextos alcanza nuevas añoranzas y compensa con adjetivos orgiásticos lo que la naturaleza le ha negado en cuanto a sustantivos. En el súbito tránsito que precisamente este tipo lleva a término desde la carrera comercial hasta la literatura, un diálogo como el siguiente no sería mero azar, sino la fórmula exacta de las complicaciones de una vida espiritual finamente diferenciada: «¿Ha pagado Pollak?». «No, pero tiene gestos hieráticos.»

Un folletonista: un agente de cambio. También el agente de cambio tiene que ser rápido y dominar el lenguaje. ¿Por qué no contarle entre los literatos? La vida tiene especialidades. Aquel puede ejercitarse en este y este en aquel, cada uno en cada cual. La suerte es ciega. Los destinos determinan al hombre. Sabemos muy bien lo que somos, pero no lo que podemos llegar a ser. ¿Por qué se cuenta precisamente al folletonista entre los literatos?

Resulta difícil distinguir del fraude la autenticidad del arte. A lo sumo se reconoce el fraude en que exagera la autenticidad. A la autenticidad la reconocemos a lo sumo en que no se adapta a su público.

Hoy en día no se diferencia el ladrón del robado: ninguno de los dos tiene cosas de valor.

El mejor periodista de Viena es capaz de exponer en cada momento lo que hay que saber sobre la carrera de una condesa y sobre el ascenso de un globo, sobre una sesión parlamentaria y sobre un baile de la corte. En Hungría se puede apostar por la noche a que el barón de los zíngaros estará en su sitio con su orquesta en el plazo de media hora; se le despierta, busca a tientas el violín, despierta él al cimbalista, todos saltan de la cama a los coches, y en media hora todo marcha a las mil maravillas, fiel, melancólica, reposada, demoníacamente y mucho más. Ventajas prácticas son estas que solo infravalorará quien no conozca las indigencias de este mundo o no tenga parte en ellas. Todo consiste en la buena disposición. ¡Si por lo menos el mundo no fuese injusto! Dice que fulano es el mejor periodista del lugar, y lo es sin duda alguna. Pero jamás dice que fulano sea el cuentacorrentista más importante. Y, sin embargo, sirve al mundo tan bien como cualquier otro y está, como cualquiera, lejos, muy lejos del ocio literario.

Se podría vivir con los perfectos folletonistas, si no hubiesen puesto sus miras en la eternidad. Saben colocar valores ajenos, tienen en la mano todo lo que tienen en la cabeza y son frecuentemente muy refinados. Cuando se quiere decorar un escaparate no se llama a un poeta lírico. Acaso fuera capaz de hacerlo, pero no lo hace. Sí que lo hace el escaparatista, lo cual le

proporciona su posición social que, con razón, le envidia el poeta lírico. También el escaparatista puede instalarse en la posteridad. Pero solo si el lírico le hace un poema.

Concibo de buen grado que la verdadera providencia impera sobre los favoritos del público en cuanto que la cruel ignorancia tras su muerte es compensada en vida. De lo contrario, no tendría sentido todo su trajín. Posteridad y allendidad rivalizan en descuidar a los que fueron las alhajas gremiales del tiempo y del lugar. Como allí y entonces no reciben menos, sino que aquí y ahora reciben más de lo que merecen, no se puede hablar en el fondo de represalia, sino únicamente de favor. Las puertas del infierno no les están abiertas, porque se pregunta al diablo por ellos, cuando están muertos, y ni siquiera él sabe dónde se encuentran. Solo la tierra se les abrió de par en par y los soportó mientras no estuvieron maduros para la nada. Sus libros, fieles a sus cuerpos, se desmenuzan en el polvo y debieran, por tanto, si la piedad y la sanidad tuviesen voz entre nosotros, ser con ellos depositados en los féretros. A cada cual lo suyo —¿quién menciona en el mundo sus nombres?—. Estaban en boca de todos mientras ellos mismos mantenían abierta la suya. Las fechas son desagradecidas, no conocen a quienes se han sacrificado por ellas; son lo bastante crueles para ahuyentar hasta a las fechas. Es como si hubiesen pugnado ansiosamente por el olvido. Ningún genio vive tan desconocido como un talento muerto. Lo que dejan es pura dejación, su palabra es un verbo indeterminado. Silenciados como muertos, porque están muertos —ni un perro quisiera estar tan muerto como ellos—.

Nunca ha sido tan largo el camino desde el arte hasta el público, pero tampoco ha habido nunca semejante artificio intermedio que escribe y lee de por sí, de tal manera que todos pueden escribir y entender y solo el azar social decide quién destaca como escritor o como lector en esa horda de gallinas que avanzan en contra del espíritu.

Una riqueza, que mana desde cientos de segundos términos, permite a la prensa otorgarse el lujo de la literatura en días festivos señalados. ¿Cómo se siente la literatura al brillar como una cadena de oro sobre el vientre publicitario de un advenedizo?

Por doquier se impone ahora en la población la tendencia a quitarle a la policía la parte espiritual de su trabajo. Si antaño, en cualquier sitio de Alemania, se llevaba a un redactor encadenado por las calles, no hay ahora un solo artista sin control ciudadano. Los representantes de las profesiones inteligentes se declaran hoy, sin excepción de lugar, en Alemania, dispuestos a mantener la vigilancia sobre los escritores insubordinados. Apenas hay —al tiempo que se incrementa la industria de las revistas— un comerciante de cigarros que no tenga en su casa a su redactor encerrado en el armario; y además han puesto todos sus miras en la lírica en tanto esta no resulte de motivaciones objetivas, no apunte a las metas de lo sobreentendido y vaya más allá de una verdad comprobable. En una palabra, su comprensión del arte es de tal alcance que el «no sé lo que eso significa» se les antoja ser un pensamiento lírico, aunque indique únicamente en qué posición se encuentran cara a la lírica. Por mi parte, jamás he hecho un secreto de tener por aceptable la ideología que nos fabrica los automóviles, ya que podemos huir de ella con toda rapidez. Pero cuando se trata de rechazar su irrupción en la vida del espíritu, tal y como es el caso, tormentoso e impecable, en Alemania, entonces sí que me pongo a trabajar.

También hay una organización de las actrices. Lo que todavía nos falta es una organización de los entusiastas de los ligustres.

El carácter social del teatro es un residuo andrajoso de una época que ha reventado. La vida, apresada por la vida, se liberaba antes en escena. Entonces se la llevaba el diablo. Ahora se la llevará también el desollador.

Cualquier clase de educación se ha propuesto quitarle a la vida su encanto, ya que dice o cómo es o que no es nada. Se nos confunde con un continuo cambio; se nos ilustra y se nos entontece.

Se escribe sobre el tiempo y el espacio como si fuesen cosas que todavía no han tenido aplicación alguna en la vida práctica.

La filosofía no es, muchas veces, sino el ánimo de adentrarse en un laberinto. El que después se olvida de la puerta de entrada podrá alcanzar fácilmente fama de pensador independiente.

Para el nene y la nena. También se juega a hombre y mujer para los niños. Es una finalidad benéfica en cuyo favor tiene lugar el pasatiempo. Incluso la censura cierra los ojos.

Si el amor solo sirve para procrear, aprender solo sirve para la docencia. Esta es la doble justificación teleológica de la existencia de los profesores.

El monista debiera sacrificarse por su verdad. Veríamos entonces que nada pierde la realidad y que la inmortalidad no gana nada. La identidad quedaría además perfectamente comprobada.

¡Por mi vida, cuánto me gustaría saber qué hace tanta gente con la famosa ampliación de horizontes!

Los niños de hoy se ríen de sus padres cuando les cuentan cuentos de dragones. Es de todo punto necesario que el terror sea una asignatura obligatoria; de lo contrario, nunca lo aprenderán.

Entre el quinto y el sexto curso hay más cosas de las que imagina vuestra sabiduría escolar.

Muchachos despiertos, hombres insomnes.

La nueva psicología se ha atrevido a esputar en el misterio del genio. Si no se conforma con Kleist y Lenau, montaré guardia y mandaré a la porra a los buhoneros de la medicina, cuyo «¿No hay nada que curar?» se oye últimamente por todas partes. Su doctrina contrae la personalidad tras haber ensanchado la irresponsabilidad. Mientras el negocio sea práctica privada podrán defenderse los afectados. Pero a Kleist y a Lenau habrá que sacarlos de la consulta.

Los psicólogos modernos, que amplían las fronteras de la irresponsabilidad, tienen en ellas sitio acomodado.

Cierto psicoanálisis consiste en la ocupación de racionalistas lascivos, que todo lo reducen en este mundo a causas sexuales con la salvedad de su ocupación.

El psicoanálisis desenmascara al poeta a primera vista, nada se le oculta y sabe con toda precisión qué significa «El muchacho del cuerno maravilloso». Será así. Pero estamos ahora a tiempo para que resurja una investigación anímica que, al que hable de sexo, le responda que se trata de arte. ¡Me ofrezco como cochero de ese carruaje en el que vuelve la simbólica! Aunque me daría por contento si se pudiese probar al que habla de psicología que su subconsciente apunta a otra cosa.

Los hijos de los padres psicoanalíticos se mustian pronto. Lactantes, deben conceder que al hacer cacas tienen sensaciones placenteras. Más tarde se les preguntará qué se les ha ocurrido al asistir, camino de la escuela, a la defecación de un caballo. La dicha es indecible cuando se alcanza una edad en la que el adolescente confiesa que, en sueños, ha violado a su madre.

La diferencia entre la antigua y la nueva psicología consiste en que la antigua se irritaba moralmente por cada anomalía y la nueva, en cambio, ha ayudado a que la inferioridad se convierta en orgullo de clase.

No lo saben ni los médicos ni los juristas: que no hay en la erótica ni una verdad comprobable, ni un diagnóstico objetivo; que no puede convencernos del valor del asunto un dictamen, ni desengañarnos un certificado médico; que amamos en contra de todos los supuestos fácticos y que nos masturbamos contra todas las circunstancias objetivas. En una palabra, que estamos justamente a tiempo de expulsar a los juristas y a los médicos de un mundo que pertenece a los pensadores y a los poetas.

¡Tienen la prensa, tienen la bolsa, y ahora tienen también el subconsciente!

«Dejarse bautizar»: suena a sumisión. Pero nunca quieren dejarse, sino hacerlo ellos mismos. Por eso no creen al que se ha dejado y creen, en cambio, que él mismo lo ha hecho y dicen: «Se ha bautizado».

Si te han robado algo, no vayas a la policía, a la cual no le interesa el asunto, ni vayas tampoco al psicólogo, a quien solo le interesa que tú eres quien ha robado algo.

La psicología es tan superflua como una indicación para usar veneno.

Las buenas opiniones carecen de valor. Lo que vale es quién las tiene.

Se prohíbe, con razón, toda sátira que entienda el censor.

La frase es una pechera almidonada que no se muda nunca ante maneras de ser normales.

Los barberos de pueblo tienen una manzana que meten en las fauces de todos los aldeanos cuando los afeitan. Los periódicos tienen su folletón.

En la mesa de no pocos aldeanos cuelga un grumo de azúcar que chupan en común. Preferiría que me invitasen a chuparlo que ir a un concierto.

La música de entreactos es la mejor de la noche. No exige silencio, no exige que se la escuche, pero permite que no se oiga lo que se habla. Los majaderos quieren abolirla, y ni barruntan hasta qué extremo la necesitan, puesto que el arte del teatro es el único acerca del cual tiene la masa una opinión. Pero solo la masa. Mas ¡ay!, si los rompeopiniones se reuniesen en el intermedio, no quedaría nada. Sin la música de entreactos se harían oír los majaderos, cuyo parecer cierra filas, durante la representación, como impresión determinante y, después de ella, como aplauso. Ahí está la música de entreactos para impedir la disgregación, esa música que en el momento adecuado arrastra con su toque a la estupidez. No importa su calidad, sino su ruido. Sirve para expulsar del público la fiebre de candilejas. Sus enemigos quieren abandonarse a ella.

Me comprometo a llevar a la horca a un hombre, si me pongo a vocear por las calles con una entonación determinada: «Tendrá incluso una camisa de colores?». Un grito de indignación cundiría entre la multitud. La misma multitud sobre la que ahora se intenta influir con sinfonías.

El necio que habla de arte tiene por arrogante al artista que también lo hace.

El memo que no puede pasar cerca de un enigma cósmico sin advertir, disculpándose, cuál es su modesta opinión cosecha la loa de su modestia. El artista que asienta sus ideas sobre la rejilla de un alcantarillado es un petulante.

Uno de los descubrimientos más desconcertantes que nos ha aportado el nuevo siglo es, sin duda, que yo hablo con frecuencia de mí mismo en mi revista, y me refriegan las narices con una de las más hondas intuiciones que haya creado la sapiencia de las almas contemplativas, a saber: que el hombre debe ser modesto. Algunos incluso pretenden haber puesto en claro que he publicado «en mi propia revista» el ensayo de Sch. sobre sus diez años de vida. Una vez advertido, he de confesar que es verdad. Ningún escritor ha facilitado nunca al lector el descubrimiento de su vanidad. Si el lector mismo no se diese cuenta de que soy vanidoso, lo notaría por mis repetidas profesiones de vanidad y por la glorificación que atribuyo a dicho vicio. La información risueña, la que descubre el talón de Aquiles, se echa a perder en la conciencia que voluntariamente ha desnudado de antemano. Yo, en cambio, me doy por vencido. Ninguna réplica ayuda, si se alza contra mí, en el décimo año de mi fanatismo, la más estéril de las objeciones. No puedo destilar en corazones apergaminados el sentimiento de legítima defensa en el que vivo, del privilegio de una nueva forma de publicación, de la concordancia de ese aparente egoísmo con las metas generales de mi obra. No son capaces de entender que cuando uno se emplea en una causa habla siempre en su favor, sobre todo si habla de sí mismo. Tampoco entienden que lo que llaman vanidad es una modestia nunca tranquila, que se mide por su propia medida y que mide a esta conforme a sí misma; que es esa humilde voluntad de superación, sometida al juicio más implacable que es siempre el de uno mismo. La satisfacción que jamás vuelve sobre la obra sí es vanidosa. Es vanidosa la mujer que

nunca se mira en el espejo. Tanto a la belleza como al espíritu les es indispensable el reflejo. Pero el mundo tiene una sola norma psicológica para dos sexos, y confunde la vanidad de una cabeza, que se excita y satisface en la creación artística, con el esmero fatuo que trabaja en un peinado. Pero ¿acaso no es muda la primera en el trajín social? Resulta imposible que machaque los nervios de los demás como lo hace la modestia de los espíritus reproductivos.

Con su invitación a la modestia quisiera la impotencia impedir los logros.

A los menguados les importa más que alguien no tenga por grande su obra a que lo sea.

Con razón, considera el filisteo un defecto estar pagado de sí mismo.

La manía de grandeza no consiste en tenerse por más de lo que se es, sino por lo que se es.

La educación es algo que reciben los más, que muchos transmiten y pocos tienen.

Si el saber es cuestión del espíritu, ¿cómo es entonces posible que atraviese tantas concavidades para, sin dejar huella de su paso, ir enseguida a otras?

Los alimentos son más sensibles que la educación; un estómago es más discente que una cabeza.

Los alumnos comen lo que los maestros digieren.

La capacidad de asociación es tanto menor cuanto mayor sea su material. De este no se necesita más que el que aporta la escuela. El que busca en el *Nathan* la frase «Nadie pasea sin castigo bajo palmas» ha ido más lejos que el que la encuentra correctamente en *Las afinidades electivas*.

El diccionario tiene una ventaja sobre el sabelotodo: el orgullo. Se comporta reservadamente, aguarda y nunca da más de lo que se quiere. Se contenta

con responder a la pregunta acerca de cuándo naciera Amenhotep. El sabelotodo pasa las hojas de sí mismo y procura también información pronta sobre las amebas, los anfibios, los amperios, la amrita, bebida de dioses en la doctrina india; los amschapandas, que son los siete espíritus supremos de la luz en la religión persa; el amschir, que así se conoce el sexto mes del calendario turco; los amuletos (del árabe: *hamala*); la amigdalina, materia propia de las almendras amargas que, disuelta en agua con emulsina, da ácido prúsico, aceite de almendras amargas y azúcar, y sobre la famosa amilaceta, la de la lámpara; y se interrumpe en Anaxágoras cuando todo se pone de lo más interesante. Nos quedamos, pues, insatisfechos.

Los sabelotodo tendrían que vivir en la creencia de que en la carpintería lo que cuenta es la ganancia en virutas.

El aya se cuida de la excitación espiritual de los niños con su «ea, ea». A los adultos se les enseña algo de arte y de ciencia para que no griten. Para que duerman, se les canta a los niños: «¿Sabes cuántas estrellas hay en el cielo?». Los adultos solo reposan si se saben los nombres y la distancia para con la tierra de Casiopea, así como que esta, madre de Andrómeda, recibe el nombre de la esposa del rey etíope Cefeo.

Las gentes que han bebido de las fuentes del saber más de la cuenta son una plaga social.

No se debe aprender nada más que lo que es imprescindible contra la vida.

¿Cuándo indicará un empadronamiento el número de abortos en cada casa?

Todo niño ve el progreso desde la roca Tarpeya hasta la incubadora.

El humanitarismo es la lavandera de la sociedad: retuerce en lágrimas sus trapos sucios.

¿Por qué el contenido liberal no encuentra otro lenguaje que ese idioma repugnante, escupido millones de veces, secularmente trivial? ¿Por qué nos

representamos al fénix como un agente de seguros y al genio como un bolsista encrespado?

La frase y la cosa son una y la misma.

La distorsión de la realidad en el informe es el informe verídico sobre la realidad.

El mundo está sordo por el sonido. Yo estoy convencido de que los acontecimientos ni siquiera acontecen, sino que los clichés trabajan autónomamente. O que si los acontecimientos acontecen sin intimidación por parte de los clichés, un día dejarán de acontecer, el día que los clichés se rompan. El lenguaje ha podrido a la cosa. El tiempo tiene hedor de frase.

La embestida del fraude es el último chiste que se le ocurre a una determinada cultura.

Hace tiempo que a la Edad Contemporánea le resulta sospechosa la Antigüedad. Ya veremos en qué para la búsqueda con alma sucia de la tierra de los griegos, de los que no quedará mucho. Por de pronto hicimos de ellos unos histéricos, luego fueron más bellos siempre que nosotros. Ahora pretendemos convertirlos en cristianos y judíos.

La fealdad del presente tiene fuerza retroactiva.

Que la venganza de los parias atente contra los sueños de la humanidad; que la poesía y la leyenda se sometan a la indigencia miserable del historicismo y de la psicología; que la religión y todo pasado sacrosanto sean la escupidera de los esputos intelectuales —todo esto es lo que hace que la vida sea insoportable al haber vencido los impedimentos del tiempo—.

3

De la mujer, de la moral

La mujer tiene un momento importante; el destino de estar en él referida al momento más insignificante del hombre puede cobrar un semblante que, arrobado y estremecido, refleje un deleite verdaderamente trágico.

Y al quererlos ella todos y él ninguno más, se ensancha el abismo entre los sexos, dando así lugar a tanto tormento y a tanta moral.

El placer femenino es adyacente al del hombre, igual que un *epos* lo es a un epigrama.

Así como en el hombre sucede al placer el fastidio, sucede también que en la mujer el arrepentimiento sucede a la fidelidad.

Para que las mujeres feas no tengan que morirse de asco tendrán las guapas que ser satisfechas cien años antes.

Él es modesto por razones hondas,
y no percibe en ella lo contrario.
Enciende sus cigarros,
con brasas de su infernario.
Lo demás, piensa él, se irá arreglando
igual que se ha arreglado desde antaño.

La histeria es el legítimo resto que queda de la mujer una vez que el placer masculino ha encontrado su garantía.

Hay quien ha aconsejado que no debería el hombre, tras haber gozado de las mujeres, mostrar a estas cara de fastidio. Es fácil aconsejarlo. ¡Como si en semejante situación se ayudase a la mujer con un buen semblante! ¡Cuanto mejor sea su humor, más triste estará el hombre, y viceversa! Un bribón que da más de lo que tiene. ¿Qué hacer entonces? En todo caso, no plantear cuestiones de tacto, sino enviar cinco hombres tristes. Y así ella no advertirá la descortesía.

La mismísima castidad concedería de mejor grado haberte atendido hace dos años que haberte rechazado hace veinte.

En no pocas mujeronas, la exasperación antecede a la exigencia. Sería poco galante no recuperarla.

La histeria de las mujeres se asemeja al moho que se extiende sobre las cosas encerradas largo tiempo en un recinto húmedo: es fácil inclinarse a tomarlo por nieve.

A las verdaderas mujeres les importa en el arte, igual que en el amor, lo material.

Trabar conocimiento con el diablo sin asarse en el infierno es lo que les convendría a muchos.

También un niño y una mujer pueden decir la verdad. Solo cuando otros niños y otras mujeres confirman su declaración se debe empezar a poner en duda su credibilidad.

Las mujeres son casos límites.

La discreción de los hombres hace que a veces se estremezca la falta de memoria de las mujeres.

Las mujeres nunca están consigo mismas, y por eso quieren que tampoco los hombres estén consigo, sino con ellas.

El alma femenina =

$$\frac{x^2+\sqrt{31\cdot 4-20}+4\cdot 6-(4\times 2)+y^2+2xy}{(x+y)^2-3\cdot 8+6-6\cdot 2}-(0\cdot 53+0\cdot 47)$$

Se trata únicamente de concentrarse, y entonces se encuentra lo mejor. Se puede vaticinar por los posos del café, e incluso en la mirada de una mujer toparemos con ideas.

Las mujeres interesantes tienen, respecto de las otras, la ventaja de ser capaces de pensar lo que han pensado antes que ellas hombres carentes de interés.

La inteligencia de una mujer moviliza todos los vicios que se reúnen en la gracia femenina.

Que la fuerza del hombre decae es un hecho enojoso. Pero ¡ay, si la mujer se torna en él creadora!

Dios tomó la costilla de la mujer y construyó con ella al hombre; sopló en este el hálito vital e hizo de él un pegote de tierra.

Los ojos de la mujer deben reflejar no sus pensamientos, sino los míos.

Debiera haber solo mujeres que no dejan que el hombre se ponga a la obra, o aquellas a las que el hombre debe su obra. Pero las que le permiten trabajar me resultan sospechosas: ellas mismas trabajan en alguna otra cosa.

Este es el logro honesto de la emancipación femenina: que hoy ya no se debe escatimar el merecido menosprecio a una mujer que se haya mostrado a la altura del oficio de periodista.

¿Qué hacen los miembros femeninos de las asociaciones en pro de la moralidad? Se dedican a la abolición de la prostitución. Se trata del

incendio, aun cuando las mujeres no quieran ya quemarse, sino apagarse. ¡Se trata del incendio!

Con frecuencia decepciona alguna de cerca. Se siente uno atraído porque por su aspecto tiene ingenio, y lo tiene.

La ciencia satisface también la curiosidad de la mujer. Impulsada por la sed de saber como el hombre, no tolera que tenga este un secreto fuera de casa. En la ciencia conjunta puede llegar al doctorado.

El lenguaje lo decide todo, incluso la cuestión femenina. Que el nombre de una mujer no pueda darse sin el artículo es un argumento contrario a la equiparación de derechos. Cuando se dice en una crónica que «Müller» estuvo a favor del derecho al voto de las mujeres se tratará, a lo sumo, de un feminista y no de una mujer. Ya que hasta la más emancipada necesita el artículo.

Desde hace algún tiempo están a un alto nivel las mujeres jóvenes y los jóvenes escritores. Es el misterio de los modistos de París. Pero las mujeres son capaces, precisamente porque detrás no hay nada, de ocupar la fantasía. Por el contrario, una literatura sin senos apenas me impone.

Solo hay un paso del vestido reformista a la novedad de que las mujeres respiren por las branquias.

Muchacha significa también larva de insecto.

De uno que juraba sobre la virginidad de su adorada no encontré peculiar que se lo hubiese creído, sino que se hubiese creído precisamente eso.

Prostituir a una mujer, cuando se le paga, significa que ella nos quita el dinero.

Hay hombres a los que podría engañarse con cualquier mujer.

Los celos son ladridos de perro que atraen a los ladrones.

Si la prostitución de la mujer es un oprobio, queda este expiado por el mamporrerismo. Ha de considerarse que más de una puede resarcirse, mediante copiosas pérdidas, de las ganancias que padece.

Amar, ser engañado, estar celoso, cualquiera acierta enseguida. Más incómodo resulta el otro camino: estar celoso, ser engañado, amar.

En tanto que el sexo del hombre sea el minuendo y el sexo de la mujer, el sustraendo, saldrá fatal la cuenta: el mundo es infinitamente *minus*.

El hombre, limitado y condicionado, quiere ser el primero que acabe la serie infinita conferida a la mujer. Quiere abrir, pero también quiere cerrar. Por eso ella lanza gritos de júbilo por lo más próximo, como si fuese el comienzo de la infinitud. Puesto que su sexo tiene más fantasía que su espíritu.

Que ella pecó fue cosa tratada cristianamente. Pero ¡que me haya privado de la confesión!

También hay metáforas en el lenguaje erótico. El analfabeto las llama perversidades. Aborrece al poeta.

Al sano le basta la mujer. Al erótico le basta la media para llegar a la mujer. Al enfermo le basta la media.

El sexo puede amalgamarse con todo lo que hay así en el cielo como en la tierra. Con incienso y sudor de sobaco, con la música de las esferas y la de los organillos callejeros, con una prohibición y con un pezón, con el alma y con un corsé. A esas amalgamas se las llama perversidades. Ofrecen la ventaja de que solo se necesita de la parte para llegar al todo.

El erotismo es a la sexualidad lo que la ganancia a la pérdida.

La fantasía masculina sobrepasa toda realidad de la mujer, tras la cual queda rezagada toda realidad del hombre. O, dicho para que hoy se entienda

mejor: el especulador sobrepuja una realidad que es mayor que el capital.

El *voyeur* supera la prueba de fuerza de la sensibilidad natural; impone el placer de ver a la mujer con el hombre contra la náusea de ver al hombre con la mujer.

Lo sexual es la mera resta de dos fuerzas. El *voyeur* suma tres.

La nata en el café no sabe bien, si no la hemos encargado. Con percatarnos de esto, empezaremos a cavilar sobre la perversidad. Distinguiremos entre la deficiencia y la capacidad de disculparla, y nos asombraremos ante el milagro de que un plumazo de la conciencia haga un más de cada menos.

Es necesario disfrutar de la gracia femenina fuera de los parentescos, ya que no podemos fiarnos de que, súbitamente, se ponga de manifiesto la insuficiencia de los rasgos. Me afano por hacer la síntesis, y luego viene el padre detrás analizando.

Todo erótico crea una y otra vez a la mujer de una costilla humana.

Solo importa la espiritualidad mediata de la mujer. La inmediata nos remite a la voluptuosidad.

La mujer tiene tanto espíritu como cuerpo tiene un espejo.

El hombre y la mujer no pueden reírse de lo mismo, puesto que presentan una diversidad; y solo ante ella se pondrán serios.

Para que entre los sexos pueda haber humor libre hacen falta dos mujeres y un hombre. Este quisiera divertirse con ellas, y ellas se divierten a su costa. Se ponen de acuerdo en contra de él, que no entiende la jerigonza de su risa. El hombre comienza a avergonzarse de su desnudez.

El hombre espiritual debe llegar a tal punto que, al sentir en su vida privada la intervención de una persona extraña, desee que esta satisfaga su curiosidad en otro sitio.

Es parvo el hombre al que una mujer llena por completo, pero puede crecer por ello. Crecido, ya no tiene sitio para ella.

La cabeza de la mujer no es más que el cojín sobre el que reposa una cabeza.

Evolución de la humanidad: ¿qué vas a pensar por mí? ¿Qué va usted a pensar de mí? (Todavía hay hetairas y filósofos.)

La moral en la vida sexual es el recurso de aquel rey persa que encadenó al mar embravecido.

Una moral que de la ocasión ha hecho un misterio ha hecho también del misterio una ocasión.

Decía la moral: «¡No mires!». Con lo cual se ayudaba a las dos partes.

La ética cristiana ha logrado transformar hetairas en monjas. Pero, por desgracia, también ha logrado transformar a filósofos en libertinos. Y gracias a Dios que la primera metamorfosis no es del todo segura.

La sexualidad mal reprimida ha perturbado no pocos hogares; la bien reprimida ha perturbado el orden universal.

No hay que entristecerse por el trabajo bimilenario de la cultura en la mujer. Un poquito de curiosidad lo remedia todo.

La destrucción de Sodoma fue un ejemplo. A lo largo de todos los tiempos se pecará antes de un terremoto.

Todavía no quiere reconocer sin reservas que el hambre y el amor ocupan la economía universal, puesto que deja de buen grado que la cocinera lleve la voz cantante, mientras que a la chica alegre solo la acoge en casa como asistenta.

Los niños no entenderían por qué los adultos se resisten al placer; y los viejos tampoco lo entienden.

La ilustración sexual sería razonable si el sexo solo interviniese en la procreación. Pero el sexo interviene también en otras funciones, por ejemplo, en la ilustración sexual.

En nuestro orden social no pueden las relaciones sexuales devanarse sin homicidio, igual que en nuestro país la explotación ferroviaria no discurre sin injurias. La norma de este mundo trastornado sería que las relaciones sexuales amenacen la honra y el tráfico ferroviario, la vida.

El erotismo es inseparable de la sociología y, por tanto, también lo es de la economía. El amor está siempre en alguna relación con el dinero. Este siempre está presente, ya se dé, ya se tome.

Los moralistas se empecinan siempre en contra de que el valor de la mujer determine su precio. Entretanto, el precio determina hace mucho tiempo su valor, y ninguna moral se hace con ello.

Si no se entiende la lengua de un país, puede ocurrir fácilmente que alguien confunda a Otelo con un conquistador de barrio.

Nápoles es una ciudad altamente moral en la que es posible buscar cien alcahuetes antes de encontrar una ramera.

Al enterarse de que la dueña de la casa era una alcahueta, quisieron todos los inquilinos rescindir su contrato. Pero se quedaron cuando ella les aseguró que había cambiado de negocio y que ahora solo ejercía la usura.

El mamporrero es el órgano ejecutivo de la inmoralidad. El de la moralidad es el chantajista.

Si el pecado es temerario, quedará prohibido por la policía. Si se esconde, recibirá licencia.

Moral es la tendencia a vaciar la bañera con el niño dentro.

El amor de los sexos es un pecado en la teología, un entendimiento prohibido en la jurisprudencia, un insulto mecánico en la medicina, y la filosofía ni siquiera se ocupa de algo así.

Si la moral no empujase, no se lesionaría.

¡Cómo se contrae y vacila, cómo da vueltas la moral en la locución: «Una relación que no quedó sin consecuencias»!

Aunque no se le haya amonestado, se siente cogido el niño que degusta la voluptuosidad. ¡La moral debiera asustarse!

El humor erótico no es libertad, sino travesura desenfrenada, es decir, prueba de falta de libertad. Su risa no es más que la libertad del *pathos.* Ese humor es la vana intentona del hombre por engañarse acerca de su justificada tristeza. Un humor con la hoja doblada. En él triunfa el hombre que ya no lo es, mientras se trate de un humor masculino. La ocasión lleva al apocamiento, y el hombre se mantiene ante la mujer por virtud de su indiscreción. Eros ha llorado y callado a la puerta del misterio cristiano; pero los de dentro han reído y han seguido contando.

Cuando nosotros nos pasmamos parpadea la moral.

Un mundo hermoso, en el que los hombres reprochan a las mujeres el cumplimiento de su deseo preferido.

Lo que de veras prefiere la moral cristiana es que el duelo preceda a la voluptuosidad y que esta no siga al duelo.

La última pareja humana será arrojada, antes de la creación del mundo, del jardín clínico.

Tiene que haberse dado en el mundo una inmaculada concepción de la voluptuosidad.

4

Sobre los artistas

Las personas creadoras pueden cerrarse a la impresión de la creación ajena. Por eso se comportan con frecuencia recusativamente frente al mundo, aunque sientan más de una vez su propia imperfección.

Cuando Dios vio que todo estaba bien hecho, la fe humana le atribuyó la vanidad, pero no la inseguridad del creador.

El artista jamás se deja arrastrar por la vanidad a la autocomplacencia.

El arte tiene que disgustar. El artista quiere agradar, pero no hace nada agradable. Su vanidad se complace en la creación. La vanidad de la mujer se complace en el eco. Es creadora como la del artista, como la misma creación. Vive del aplauso. El artista, al que la vida niega el aplauso por derecho, lo anticipa.

Distintivos del gremio artístico: hacer de lo evidente un problema propio y resolver los problemas ajenos; saber para los demás y estar uno mismo en el infierno de la duda; preguntar a un criado y responder a un señor.

El arte del escritor no permite que este oscile en un cable de alta tensión, pero le plantea un problema: aunque se atreverá a lo inhabitual, cada regla se cobrará dicha osadía con un caos de dudas.

El viajante de comercio dice que es vanidoso. De hecho, mi inseguridad me hace a mí más vanidoso que su posición al viajante de comercio.

La capacidad de dudar tras una decisión rápida es la mayor y la más masculina.

Hay una duda productiva que supera todo ultimátum muerto. Podría llenar páginas y más páginas con ideas que he pensado hasta llegar a una idea, y libros y más libros con la idea que pensé tras otra idea.

La mayoría de los escritores son tan jactanciosos que hablan del lenguaje cuando debieran hablar de sí mismos.

La exigencia de que una frase debe ser leída dos veces porque solo entonces destacan su sentido y su belleza es válida para petulantes o para los que tienen los sesos calientes. A tal extremo ha llevado el periodismo al público. No hay otro arte de la palabra si no es la capacidad de poner en claro una opinión. Se escribe «sobre» algo. Los pintores de brocha gorda no han corrompido tan a fondo el gusto de la pintura como los periodistas el gusto literario. O el esnobismo ayuda y preserva al público de aceptar que en un cuadro solo aprecia la escena pintada. Cualquier alevín de bolsista sabe hoy que por decencia debe pararse dos minutos ante un cuadro. En realidad está más que satisfecho de que se pinte «sobre» algo. Es mala la mojigatería con la que los ciegos hablan del color, pero aún peor es el descaro con el que los sordos reclaman el lenguaje como instrumento del ruido.

¿Por qué es tan descarado el público respecto de la literatura? Porque domina el lenguaje. La gente se atrevería igualmente contra otras artes si hubiese avenencia para solfear, para embadurnarse de colores o para escayolarse. La desgracia consiste en que el arte de la palabra trabaja con un material que a diario se le escurre a la chusma entre los dedos. No se puede, por tanto, ayudar a la literatura. Cuanto más se aleja de su comprensibilidad, con mayor premura reclama el público su material. Lo mejor sería encubrir la literatura ante el público en tanto se vote una ley que prohíba el lenguaje coloquial y tolere tan solo utilizar la mímica en casos urgentes. Pero mientras no se logre esa ley, debiera la gente haber aprendido a contestar a un aria con una naturaleza muerta.

El periodismo, que empuja a los espíritus a su establo, se hace entretanto dueño de sus pastos. Los gacetilleros quisieran ser autores. Se publican florilegios de folletones, en los cuales el único motivo de admiración consiste en que no se le hayan deshecho al encuadernador, mientras trabaja, entre las manos. De las migajas se cuece pan. ¿Qué es lo que les hace esperar perduración? El interés perdurable en la materia que ellos mismos «eligen». Si alguien parlotea sobre la eternidad, ¿no debiera ser escuchado en tanto dure la eternidad? El periodismo vive de esa conclusión engañosa. Tiene siempre temas de la mayor importancia y en sus manos se actualiza la eternidad; pero con la misma facilidad se hace en sus manos vieja. El artista configura el día, la hora, el minuto. Su motivación está acaso condicionada y limitada temporal y localmente; mayores son, en consecuencia, la libertad y la amplitud con las que su obra crece al hurtarse a dicha motivación. Envejece confiadamente en el instante: rejuvenece en decenios.

No hay nada que hacer en contra de la tendencia del periodismo a trastocar los valores. Puede dar una garantía secular a los relojes que pone en hora: se paran en cuanto el comprador abandona la tienda. El relojero dice que es culpa del tiempo, no del reloj, y quisiera parar al uno para salvar la reputación del otro. Hace que la hora sea mala o que no suene en absoluto. Pero su genio sigue dando cuerda, sigue amaneciendo y anocheciendo, aunque no lo quiera la esfera. Cuando suenan las diez y las manillas indican las once, disfrutamos del mediodía, y el sol ríe sobre el fastidio de los relojeros.

¡Que la altanería de la mecánica, no contenta con su fama de ser útil socialmente, sea incapaz de «enderezar» las necesidades naturales! Los periodistas se aseguran unos a otros que sus obras son inmortales, pero ni siquiera esa aseveración se tiene en pie por mucho que lo pretenda. Además, un misterio tiene la virtud de ponerse en boca de todo el mundo. Austria es el país en el que más alto se habla y en el que se calla desde hace más tiempo. Es el país en el que se organizan cortejos y se descubren cuevas con estalactitas. «Viene resultando que no se trata de una de las muchas cuevas irrelevantes que aparecen con frecuencia en terrenos montañosos y calcáreos, sino de imponentes espacios subterráneos que se extienden leguas y más leguas hacia adentro de la montaña. La cueva lleva

por rocas firmes y horizontales a la montaña, y cualquiera puede recorrerla sin peligro alguno hasta una profundidad de trescientos metros. Las dificultades de entrada no son, por lo demás, relevantes, sobre todo si se las compara con la vista maravillosa que se ofrece al visitante. Una bóveda ojival de altura inconmensurable envuelve las espléndidas formaciones de estalactitas. Por el suelo hay figuras calizas muy peregrinas y galactitas todavía blandas. En las paredes laterales se encuentran delicadas figuras de estructura blanca y azul, ópalos y floraciones de hierro. Los investigadores han avanzado leguas y leguas hacia el centro de la montaña y en pasadizos y galerías siguen sin llegar al final…» ¿No es este el lenguaje de las cavernas? La ciencia literaria habla de otra manera. Estamos también acostumbrados a otras curiosidades: cortejos que ciegan los ojos de los contemporáneos como hechuras prodigiosas de milagros y bancarrotas.

Lo que vive de los temas muere antes que ellos. Lo que vive en el lenguaje vive con él.

Quien no tiene ideas piensa que solo se tiene una cuando se tiene y se la viste de palabras. No entiende que, en realidad, solo la tiene quien tiene la palabra en la que la idea va creciendo.

El sentido tomó forma, y esta se entregó tras resistirse. Surgió la idea con los rasgos de uno y otra.

El lenguaje no es el aya, sino la madre del pensamiento.

El lector no se percata, ni tiene por qué hacerlo, de que la forma estuvo en una idea manifiesta antes que el contenido. Pero puede tener prueba de ello intentando alzarse con una idea que haya caído por debajo del umbral consciente. Resultaría entonces vana la asociación dilatada. De nada sirve que el que halla y pierde se aproxime con tanteos temáticos. La idea, por ejemplo, de que «los árboles no dejan ver el bosque» no reaccionaría al caso de un bosque que se viese y unos árboles que lo hicieran invisible. Pero sí se pondría en el camino en que surgió. Si se intenta el gesto, el tono, en que se la concibió, algo empieza a vislumbrarse que de alguna manera expresa un «efecto fallido» o algo pequeño antes que lo grande; entonces sí

que se vería el bosque que no dejan ver los árboles. Pensar en el lenguaje significa por de pronto llegar de la envoltura a la plenitud. Igual que nos hacemos con el sueño de la noche pasada al sentir las sábanas de nuevo.

El lenguaje es la varita de las virtudes que encuentra las fuentes del pensamiento.

La idea viene porque la tomo por la palabra.

He extraído del lenguaje no pocas ideas que no tenía y que no sería capaz de apresar en palabras.

El impresor compuso: «apresar en palabras». Al contrario y en consecuencia: tengo no pocas ideas, que no podía apresar en palabras, apresadas en palabras.

La ciencia es un análisis de espectros. El arte es una síntesis de luz.

La idea está en el mundo, pero no se la tiene. Se dispersa en elementos lingüísticos a través del prisma de las vivencias materiales: el artista los reúne en pensamiento.

La idea es algo que se encuentra, que se vuelve a encontrar. Y quien la busca la encuentra honestamente, y así es como le pertenece, aunque otro la haya encontrado antes.

Hay imitadores antecedentes a los originales. Cuando dos tienen una idea, no pertenece esta al primero que la tuvo, sino al que la tiene mejor.

Tampoco en el arte debe el pobre quitarle nada al rico; pero el rico sí puede quitárselo todo al pobre.

Hay un derecho de indigenato de las ideas que poco se preocupa de cada una de sus residencias.

Se le reprocha a Fulano de Tal una frase defectuosa. Con razón. Ya que resulta que la frase era de Jean Paul y es buena.

El original recupera siempre lo que le han quitado; aunque nazca más tarde.

Una idea solo es auténtica si se tiene la sensación de atraparse uno a sí mismo plagiándose a sí mismo.

Las opiniones son contagiosas; el pensamiento es un miasma.

En tiempos que tenían tiempo se podía resolver algo con el arte. En un tiempo que tiene periódicos, la materia y la forma se han escindido en favor de una comprensión más rápida. Como no tenemos tiempo, no les queda a los autores otro remedio que decirnos con todo género de detalles lo que se hubiese podido expresar brevemente.

El hálito más prolongado es el del aforismo.

Quien sea capaz de escribir aforismos no debiera desparramarse en artículos.

La expresión no le sienta a la idea a la medida, sino como un molde.

Cuando una idea puede vivir en dos formas, no tiene tantas ventajas como si dos ideas viviesen en una forma.

Vale para el artista y para el pensamiento la frase de Nestroy: «He hecho un prisionero y no me deja libre».

¿Que el lenguaje es la madre del pensamiento? ¿Que este no es un mérito del pensador? Oh, sí, ya que tiene que gastarlo.

Ya no nos asombramos por el milagro de la creación. Pero tampoco tenemos el coraje de aclararlo, cosa que ni Dios mismo querría. La ciencia pondrá pronto de manifiesto cómo surge el arte. Quienes son capaces de hablar niegan de antemano que las ideas vengan del lenguaje. Jamás han

observado en sí mismos algo semejante. En su opinión, la obra de arte surge como un homúnculo. Se toma un material y se le adapta una forma. Pero ¿cómo es posible que el alma se procure piel y huesos? El alma, que en algún sitio vive sin piel ni huesos, mientras que estos no pueden vivir sin ella en ninguna parte, ni están tampoco en situación de procurársela cuando quieren.

El creador y el amante se acreditan en la distancia que hay desde la motivación hasta la vivencia. La incidencia y la continuidad son comunes al pensamiento y al placer. El entorno puede hacer lo que quiera tanto del artista como de la mujer.

El ético tiene que nacer siempre de nuevo. El artista, de una vez por todas.

Los efectos del arte son algo que no tiene principio y que, por tanto, tampoco tiene fin.

El arte se conforma ante un presente que se sabe superior a la eternidad.

No se trata en el arte de coger aceite y huevos, sino de tener sartén y fuego.

Efectismo, dice Wagner, es efecto sin causa. Arte es causa sin efecto.

El periodista está estimulado por el plazo. Cuando tiene tiempo escribe peor.

Un orador ha escrito: «Que la voz del amigo no se extinga sin ser escuchada». La voz se extingue porque ha sido oída. La palabra puede no extinguirse aunque no se la escuche.

Como disculpa de una sesión de lectura:

Si la literatura es algo pensado, también es algo visto y oído. Se escribe con ojos y oídos. Pero la literatura debe ser leída, si es que han de mantenerse ligados sus elementos. Solo el lector (y solo el que sea lector) la tiene en la mano. Piensa, ve y oye, y en esta trinidad acoge la vivencia en la que el artista ha dado su obra. Hay que leer, no escuchar, lo que se ha

escrito. Para repensar lo pensado no tiene el oyente tiempo, ni tampoco para volver a mirar lo ya visto. Pero sí podría no escuchar lo oído, que no sería entonces sino eco. ¡Ojalá sea este lo bastante fuerte para reclutarlo como lector que recuperará de esta manera lo que narró como oyente!

Se dice que el autor ha arropado con palabras una ocurrencia. De ahí que la sastrería sea un don menos frecuente que la escritura. Tomamos palabras de todas las esferas, salvo de la literaria. ¿Qué hace el poeta con las palabras? Imágenes. O consigue con ellas un efecto plástico. Pero ¿cuándo se dirá por fin que es un poema y que ha dicho lo máximo? Cuando sea una *omelette surprise*.

Cuán disconforme es la literatura respecto al teatro se pone de bulto en la incongruencia del aparato escénico y la insignificancia intelectual de indicaciones como esta: «en el fondo se derrumba el campanario». El autor tiene el menor mérito en los logros más firmes de la escena: un plumazo de esa mano y la tierra volverá a ser creada. (Si la frase no fuese pasaje de un diálogo, sino advertencia escénica del *Don Carlos*, veríamos entonces si atina.) Pero tales hechos no son teatralmente orgánicos. ¿Acaso tiene el autor una mayor participación en la ejecución escénica? Cientos de páginas de psicología e ingenio pueden irse al diablo hasta que se aplauda lo que el autor había prescrito con estas palabras: «va hacia la derecha y rompe en sollozos junto a la puerta».

Por medio de sus imitadores han probado muchos no ser originales.

No hay original si es mejor la copia.

Heinrich Heine ha aflojado tanto el corsé de la lengua alemana que hoy puede cualquier viajante de comercio manosear sus senos.

El ladrón desenmascara al propietario. También él entró en la casa con una ganzúa y dejó la puerta abierta.

Igual que hay periodistas de emociones, los hay también de opiniones. Los unos son líricos y se la pegan al público al oído. Procuran evitar nuestro

desprecio protegiéndose con la rima por delante. Y entonces es cuando los atrapamos. Puesto que se defienden de la sospecha de ser ladrones probando que son embusteros.

Los folletonistas desvalijan la casa para vestir sus emociones. Cuando se suenan, truena, ya que de lo contrario no se calibraría su importancia. «Es como si», dicen honrando al cosmos. Tal comportamiento en este mundo va, junto a sus sentimientos, de un lado a otro, y ellos comprueban si marcha bien. A esto lo llaman comparaciones. De hecho, logran a veces poner en claro lo comparable por medio de lo comparado. Con todo, es un asunto de educación. Saben muy requetebién cómo es cuando es de otra manera. Si Heine se pone nostálgico, lo hace igual que un abeto. Por suerte siempre hay alguien que colabora. En el poeta se consuman los acontecimientos elementales, y en él sucede lo que sucede fuera; en su singularidad no hay separación alguna de sentido e imagen, disociación de ilustración y texto. En Shakespeare la ingratitud de la hija nace con la imagen siguiente: la curruca alimenta al cuco hasta que este la descabeza. Heine introduciría primero en la naturaleza el tema de la ingratitud para comparar con la situación dada lo que resulte. Los folletonistas tienen, para expresarse, que repartirse a domicilio; cuando se han equiparado a algo elevado encuentran que se les parece; se reconocen cuando se han puesto joyas ajenas. Los poetas están incluidos en la naturaleza, que se complace en expresarlos. La lírica está más allá de la ocasión propicia en que los abetos sueñan. La lírica no es la pretensión de un yo pequeñito: ser contemplado y servido por la naturaleza, sino que reposa en una reciprocidad en la que al poeta se le saltan los ojos. La comodidad de que algo delicado se siga siempre de algo íntimo ha pervertido el oído alemán y arrojado sobre el arte calamidades indecibles. ¡Vergüenza caiga sobre una juventud que no quiere evitarlo! El arte como pasatiempo hace que pase la eternidad de largo. Nos gusta la naturaleza, porque encontramos en ella esas cosas hermosas que nuestros preferidos le han puesto dentro diciendo: es como si. Han cortado la vida en ornamentos; estos solo adornan nuestro vacío. El abeto ya no verdea, sino que sueña; lo cual es mucho más poético. Y además atestigua la nostalgia del poeta, que de otro modo tendría él mismo que probar. Dice con toda sencillez: si el abeto se encontrase como yo, me encontraría yo como el abeto, a saber, soñador.

El lector piensa que me mofo de él porque le recomiendo el poema del tapiz tibetano. Como si no le hubiese recomendado antes, de querer reírme de él, el poema del abeto. Pero ¿por qué habría de hacerlo? Yo tomo al lector mucho más en serio que él a mí. Nunca me he atrevido a reprocharle a la vida que se ría de mí con la política de tolerancia germana o con la doble contabilidad. Si la seriedad de la vida supiese lo seria que es la vida, no tendría entonces la osadía de encontrar que el arte es alegre.

A veces doy importancia a que una palabra me interpele como una boca abierta, y pongo entonces dos puntos. Me harto luego de esa mueca, y vuelvo a cerrar con punto final. Solo ante la faz de la palabra impresa satisfago tales caprichos. Lo cual causa con frecuencia la pérdida de tres mil páginas que, con un despliegue de cautelas ridículas y por todo el oro del mundo, hurto a los ojos de un público que se interesa por lo que tenga que decir sobre la revolución de Portugal. Cuando este se da cuenta de que sobre ese tema no tengo nada que exponer, se desengaña y me lo toma muy a mal. El público gusta siempre de los grandes temas. ¡Si barruntase con qué minucias disipo entretanto mi tiempo y mi salud, no habría ya más intentonas conmigo!

La palabra tiene un enemigo: la imprenta. Le es a la idea orgánico no resultar comprensible a un lector de hoy. Si tampoco es comprensible para un lector de mañana, tendrá la culpa una falsa manera de leer. Creo incondicionalmente que los pasajes difíciles en los grandes escritores son erratas de imprenta que no somos capaces de detectar. Como hasta ahora se ha opinado, claro que en la órbita de la concepción periodística del arte, que el lenguaje sirve para «expresar» cualquier cosa, habría también que pensar que las erratas son molestias nada importantes que no impiden la información del lector. Ni agujerean el tema, ni quiebran la tendencia; el lector se percata del pensamiento del autor, y sería este un pedante o un esteta, pagado de la forma externa, si exigiese algo más. Nada saben de lo que el autor vive antes de ponerse a escribir; nada entienden de lo que vive escribiendo; ¿por qué iban a sospechar algo de lo que acontece entre lo escrito y lo leído? Queda por investigar este terreno de los peligros románticos en el que ora el azar, ora el intelecto emboscado de la persona

intermedia se llevan el botín entero del pensamiento. El periodismo no debería en este caso, en el cual de una vulgaridad voluntaria se sigue un ejemplo tan involuntario como chusco, hablar entre bromas y veras del duende de las erratas. Por cierto que no apresa espíritus tamaños. Le rinden su tributo, pero no les quita el sueño, ya que su riqueza no tiene pérdida. El que es pobre es el pensamiento. Con frecuencia no tiene más que una palabra, una letra, un punto. Una tendencia sigue en vida, aunque el diablo le quitase todas las cáscaras; pero con solo rozar una perspectiva ya se ha hecho con ella.

Si una errata permanece en una frase y esta tiene sentido, se prueba que la frase no era una idea.

Prevengo contra las reimpresiones. Mis frases viven solo en el aire de mis frases: no tienen hálito alguno. Ya que lo que importa es el aire en el que una palabra respira, y en uno que sea malo las diñan hasta las de Shakespeare.

¡La mano izquierda de Midas del periodismo que, cuando toca una idea ajena, la transforma en opinión! ¿Cómo reclamar oro robado, si el ladrón solo tiene cobre en el bolsillo?

Al arte no le importa la opinión; se la regala al periodismo para que la valore por su cuenta. Cuando este le da la razón, el arte está en peligro.

En manos de un periodista mi palabra es peor que la que él mismo pueda escribir. ¿A qué vienen entonces las citas importunas? Creen procurar pruebas de un organismo. Para demostrar que una mujer es hermosa le sacan los ojos. Para demostrar que mi casa es confortable colocan mi balcón en sus aceras.

Traducir una obra de una a otra lengua es igual que pasar sin piel la frontera y vestir luego las galas del país.

Se puede traducir un poema, pero no un editorial. Porque se puede pasar desnudo la frontera, pero no sin piel; que luego esta, al contrario que un

vestido, no crece.

A un autor alemán se le repite una vez y otra que tiene escuela francesa; alabanza suprema, sobre todo si no es verdad.

Un guion en el texto suele ser un tropiezo en el pensamiento.

Hay originalidades que lo son porque les falta vigor para auparse a trivialidades.

Quien no tenga temperamento ha de tener ornamento. Conozco a un escritor que no se atreve a escribir la palabra «escándalo» y que, por eso, dice siempre *scandalum*. ¡Que hace falta más fuerza de la que él posee para decir «escándalo» en un momento dado!

El que se dedica a matar prefijos no llega a las raíces. El que quiere indicar no prueba nada; el que refiere no tiene nada que proclamar.

Hay alguien en Berlín con el cuello hinchado. Le viene de tragarse muchas líneas. Claro que, tras esa actividad, queda vacía la cabeza.

Estilo. No se puede negar que al escritor le sienta bien la educación. No se elaboran bellas metáforas si no se tienen en los dedos los términos de los diversos sectores de la ciencia. Se trata, por tanto, de procurarse dicho material. De veras que es casi tan necesario como el papel y la tinta. Pero ¿tienen el papel y la tinta participación creadora en la obra? ¿No soy un escritor, si no he viajado por los mundos comparables? ¿No soy capaz de iluminar el pensamiento por medio de una relación con un proceso químico si únicamente barrunto dicha relación y me falta la terminología especializada? Pregunto a un perito o consulto un libro. Pero en tal caso también un diccionario da servicio satisfactorio. Un conocimiento que se sacase de una obra para especialistas haría saltar la ensambladura artística y daría precedencia a una erudición aparente. Se trataría de la estafa subrepticia de una deficiencia. El alimento del ingenio es una ración asidua de conocimiento. No se le debe recetar más de lo que pueda digerir, y un saber descomedido altera las fuerzas del arte, y empieza este entonces a

engordar. Desde luego que esto es lo que quieren algunos literatos. Para ellos la educación no es material, sino meta. Pretenden probar que son químicos, aunque no lo sean; ya que los escritores desde luego no lo son. Es posible procurarse el material como se quiera sin ceder en honestidad intelectual; la labor creadora consiste en su aplicación, en el encadenamiento de las esferas, en el presentimiento de las concatenaciones. Quien escriba para mostrar su formación debe tener memoria; y no es entonces más que un asno. También es un estafador, si utiliza la ciencia especializada o el fichero. Conozco a un publicista que con gusto se dejaría cortar a hachazos los cinco dedos de la mano antes que usar, en un editorial político, que trata de los aridísimos hechos mundiales, desgraciadamente imprescindibles cuando se habla del mundo, antes que usar, decía, el término «disturbios balcánicos». Debe decir, en cambio, «comedia doméstica». ¡Y tamaña cochinada intelectual encuentra eco en la Alemania de hoy! Una figura típica de la crónica local es ese «ogro» que, en los alrededores de las escuelas les enseña a las chicas, cuando salen en tropel, cosas que, a su edad, no debieran ver. Pero ¿cuál es su daño frente a los manejos con los que la sabiduría escolar practica el exhibicionismo ante la vida? Son los menos quienes perciben hoy como plaga la increíble provocación que consiste en implicar en la geografía clásica la más que embrollada cuestión balcánica. Aunque no fuese un defecto con el que se alardea; aunque no repugnase el espectáculo de una memoria elefantiásica, la situación seguiría siendo lamentable: un ansia estetizante, que es la maldición de nuestros días. Porque la discusión del embrollo balcánico es asunto del cotidiano uso doméstico y no tiene que ver lo más mínimo con el arte, esto es, con la literatura como arte de la palabra. Pero hemos topado con un poeta. No nació en mayo, sino «bajo una luna opulenta». No lucha por el káiser, sino por un retoño de los «Zollern», el cual no reside a veces en Corfú, sino en Corifo. Nuestro hombre no es, como político, un camaleón; más bien se asemeja al «animal con doble pigmento bajo una piel de tafilete». No desvela los antecedentes homosexuales de sus adversarios, sino que esparce «la vergüenza rosa» y sus enemigos tienen, sin embargo, que adjudicársela, ya que no han suscitado la sospecha de comportamientos pederastas, pero sí que «están impregnados del tufillo de las trovas masculinas». Quiere limpiar del todo la fachada del Reich. Pero su mono de trabajo es un ropaje ondulante que ha diseñado Van de Velde, su

escoba es de Olbrich y en las manos lleva adornos de Lalique. El trabajo se efectúa difícilmente y se parece, de suyo, a aquel fastidioso banquete de Trimalción, en cuya descripción se dice: «Siguió luego un paso que no nos esperábamos; pero su novedad atrajo las miradas de todos». Hubo también «una mesa redonda, en la que se ordenaban los doce signos del zodiaco, y en cada uno de los cuales había depositado el artista el manjar correspondiente». Hubo además «una mescolanza de lechones y otras carnes, y una liebre con alas para que se pareciese al Pegaso». Y «en las esquinas de la mesa, cuatro faunos, de los que manaba un puré, preparado con entrañas de pescados diversos, en el cual discurrían peces nadando como en remolinos». Sonó entonces una sinfonía, y en el centro de la mesa surgió un Príapo de pasta, adornado con toda suerte de frutas y de uvas. Los pasteles despedían un aroma balsámico, y los invitados «creyeron que algo sagrado se escondía en ellos»; se levantaron y «desearon felicidad al excelso padre de la Patria». Todo concuerda. Del cocinero se dijo que era el tipo más valioso del mundo: «si ustedes así lo reclaman, hará de un dobladillo un pez, del tocino un árbol, de un jamón una tórtola, de unas vísceras una gallina». ¡Santo Petronio, así trabajan los ornamentistas de todo tiempo y lugar! Ya tenemos hoy en Alemania una cocina intelectual, de cuyos productos se sacia la vista. Un artista de la educación embucha en una salchicha las golosinas de diez mundos… Se me reprocha mi estilo: que las ideas chocan unas con otras, mientras que las cosas residen, ligeras, en conjunto. Y quien de mí espere explicación sobre las cosas tendrá toda la razón al huir del aprisco de las ideas. Pero si sigue en él para mirarlo bien, descubrirá una arquitectura, en la que no hay una línea de más, ni una piedra de menos. Hay que reflexionar; dura exigencia esta que no se cumple mayormente. La exigencia, en cambio, que plantea el ornamentista y educado berlinés es sin más ridícula: o hay que ser especialista en todas las disciplinas o hay que manejar, para entender una frase, diez volúmenes de una enciclopedia. Uno golpea en la roca de la sobria prosa y surgen las ideas. Otro se recrea en el vergel de sus lecturas frutales y en la abundante vegetación de sus trofismos. Si hubiese yo pasado mi vida apropiándome esa educación que los demás dicen tener, no sabría cómo arreglármelas con tanta fuente auxiliar. Una cabeza, el recado de escribir y un diccionario; el que necesite más no necesita la cabeza.

La ciencia podría hacerse útil. El escritor necesita cada una de sus disciplinas para disponer de la materia prima de sus imágenes; con frecuencia le falta un término, que barrunta, pero no sabe. Las consultas son fatigosas, aburridas, y le enseñan a uno demasiado. Tendrían entonces, cuando alguien escribe, que sentarse en otros cuartos de la casa unos tipos que se apresurasen a la señal de que el escritor les quiere preguntar algo. Un timbrazo para el historiador, dos para el economista, tres para el sirviente, que ha estudiado medicina, y algunos más para el discípulo del Talmud que domina la jerigonza filosófica. Claro que debieran no responder a más de lo que se les pregunta y alejarse enseguida tras la respuesta, ya que su proximidad no incita más allá de su rendimiento. Desde luego que se podría renunciar a su ayuda; la comparación artística mantendría su valor, aunque en su formación quedase abierto el hueco de la educación, que posteriormente daría pie a las recriminaciones del especialista. Pero hay una posibilidad de aliviar a los especialistas su disgusto y orientarlos de antemano a ocupaciones tan útiles como intrépidas.

Nada puede hacer el lenguaje si, para una comparación, necesita de la economía política y hay algo que no concuerda. Tendrá que transigir el economista.

Si un nombre sirve para la sátira, se argüirá que el que lo lleva no puede hacer nada con su nombre. Tampoco nadie puede hacer nada con su falta de talento. Y, sin embargo, pienso que cada cual debiera ser azotado por dicha falta. Se volvería entonces a objetar que también un genio puede llamarse así. Pero no es verdad. O más bien no sería ridículo, en ese caso, el nombre. Por lo demás, un capricho satírico, majadero por cierto, le buscaría vueltas hasta al nombre de Goethe. Igual que en los grandes todo es grande, todo es ridículo en los ridículos, y cuando un nombre abre la espita del humor lleva la culpa quien lleva el nombre. Con razón se llama así, y si se escapa, desesperado, a un seudónimo, la befa seguirá acertándole.

A veces me preguntan si son auténticos los nombres que introduzco en mis sátiras. Yo diría que invento los que encuentro. Compongo los inventados por náusea de los hallados. Fundo letras y luego las recorto.

Si la polémica no es más que un contraste de pareceres, son injustos ambos. Otra cosa es que uno tenga poder para tener razón. El otro entonces no tiene derecho a tenerla. Ningún arte necesita tanto, como la polémica, de la naturaleza que la habilita. Sin ella no es sino una disputa que, llevada a la calle, infringe las buenas costumbres. Es de veras un exceso, al que el entusiasmo no disculpa, sino justifica.

No se refiere a mí. Pero ya es un ataque su incapacidad de expresarse de tal guisa que no me aluda.

¿Cómo es que he llegado a ser colega de gentes que, sin profesión adecuada, escriben sobre problemas de la vida sexual? ¡De mejor grado me llamo colega de quien experimenta el misterio creador de la fabricación del chocolate!

El que, por razones profesionales, cavila sobre los fundamentos del ser saca los pies fríos a poco que consiga. Más de un zapatero remendón se ha acercado, en cambio, a los fundamentos del ser.

Al ponerme a escribir, imagino siempre una voz estridente que procura interrumpirme. Este antagonista habla como cualquiera de los que he visto pavoneándose en un estreno; se inclina hacia mí y me advierte que no me haga enemigos; me saluda por miedo de que alguna vez le nombre, y no se lo agradezco; o es un político socialista que huele mal, o un historiador que dice sandeces, o un hombre de confianza al que admito, como representante del mundo exterior, a mis sesiones secretas. Se establece enseguida la mismísima relación poética que resulta imprescindible a toda lírica auténtica. Nadie creería en qué arrobamiento me transporto. Muchos de esos tipos me son imprescindibles y cuando, por la noche, me pongo al trabajo, me pongo también al acecho por si hay un ratonzuelo en la papelera. Al escribir mi consideración *Ritmo de un verano austriaco* oía con claridad a mis espaldas una voz de mujer que repetía: «Rosita no está prometida oficialmente, pero sí oficiosamente». Resulta peculiar, pero me mantuvo en el trabajo. En todos y cada uno de mis escritos podría reproducir con exactitud la voz que me los inspiraba. Alguien que parece acompañó al coro de hombres en su viaje a América me daba codazos

insistentes en las costillas y me decía: hubiese preferido quedarme «aquí mismito». (¿Cómo descubriría que todo lo que he escrito de corazón sobre las desazones de la existencia tiene su raíz en esa expresión?) Me acuerdo muy bien de lo que pasó en mi cuarto mientras redactaba la sátira sobre el descubrimiento del Polo Norte. Al ponerme del lado de los escépticos en cuanto a míster Cook y hacer los chistes, que unos meses después hicieron los idealistas, un representante de la clase media inteligente metió su dedo en mi nariz y dijo: «¡Déjelo estar, que es una hazaña hermosa!»; le respondí que es triste que se hubiese descubierto el Polo Norte; «lo único divertido es que no se ha descubierto». «¡Déjelo estar!», dijo a mis espaldas, «sí que lo ha descubierto». Le pregunté entonces: «¿De veras que lo ha descubierto?», para proceder con seguridad y no precipitarme. «En efecto, lo ha descubierto», atestiguó como picado por una tarántula. Un vecino ilustrado se mezcló en el asunto y dijo: «Cook es, naturalmente, un estafador redomado. Pero a Peary le he conocido bien. En los años cuarenta almorzábamos todos los días juntos en Leidinger y ya antes habíamos tomado parte en el descubrimiento de América…». Así surgió mi trabajo.

El lírico se asombra como de nuevas ante un pétalo de rosa, aunque se parezca a otro como se parecen entre sí todos los pétalos de rosa. Así el satírico se asombrará, haciéndose también de nuevas, ante una desproporción, aunque se parezca a otra, igual que una fealdad a otra fealdad. E incluso hará de una y la misma cientos de poemas.

¡Prodigio de la naturaleza! Las flores artificiales del señor Von Hofmannsthal, que hacia 1895 tenían rocío, se han secado.

En lo épico hay algo de excedente congelado.

En el fondo no tengo nada que objetar contra la literatura novelesca, ya que se me antoja adecuado que lo que no me interesa se diga cansinamente.

El lector cultivado desconfía al máximo de los narradores que se mueven en medios exóticos. En el mejor de los casos, nunca han estado en ellos. Los más, empero, son de tal índole que tienen que hacer un viaje para contarlo.

También hay un exotismo del tiempo, que ayuda a la falta de talento tanto como la manipulación de medios extraños. El alejamiento no es, en cualquier caso, un obstáculo, sino el mimetismo de una personalidad deficiente.

La arquitectura moderna es el producto superfluo del justo conocimiento de una necesidad que falta.

Los demás son delineantes. Loos es el arquitecto de la *tabula rasa.*

Le ponen en el camino obstáculos de los que quería liberarlos.

La mediocridad se revuelve contra la pertinencia.

Por vez primera sienten los albañiles que la vida, *tabula rasa*, los petrifica. ¡También nosotros seríamos capaces!, exclaman después de haberse reposado, mientras que el otro debiera confesar ante sus arabescos que jamás podría hacerlos.

El mejor método para que el artista mantenga su derecho ante el público consiste en hacer acto de presencia.

Kokoschka me ha hecho un retrato. Bien está que no me reconozcan los que me conocen. Pero seguro que me reconocerán quienes no me conozcan.

El verdadero retratista utiliza a su modelo igual que el que es malo utiliza la fotografía del modelo. Necesita este una pequeña ayuda.

Pinta sin parecidos. No se reconoce ninguno de sus retratos, pero sí, en cambio, a todos los originales.

En un verdadero retrato hay que reconocer al pintor que representa.

Pintaba a los vivos como si estuviesen, dos días ha, ya muertos. Quiso una vez pintar a un muerto, y ya habían cerrado el féretro.

Variété. El humor de los *knockabouts* es hoy el único humor con empaque. Como tiene mucho fondo, parece tan infundado como la acción que depara. Infundada es la risa que desata en nuestra región. Cuando un hombre anda de pronto a gatas se produce un contraste primitivo del que no escapa un ánimo sencillo. Un entendimiento más refinado supone siempre la imagen de un maestro de ceremonias que se da un batacazo en el piso encerado. Sería la reducción *ad absurdum* de la dignidad, de la minuciosidad, de la vida decorativa. La cultura centroeuropea procura todos los supuestos para entender dicho humor. No tiene aquí su raíz el humor de los payasos. Cuando uno de estos salta sobre la barriga de los otros lo que pega es únicamente la comicidad de una situación alterada, de una desgracia imprevista. Pero el humor americano es la reducción *ad absurdum* de una vida, en la que el hombre se ha convertido en máquina. El trajín se pone en juego sin obstáculos; por eso es plausible que alguien llegue volando a una ventana y sea rechazado hasta la puerta, llevándosela consigo. La vida queda enormemente simplificada. Puesto que es el confort el principio supremo, se entiende de por sí que mane la cerveza al abrir a un hombre como a un barril y poner un tarro en la abertura. La gente se golpea, unos a otros, con un hacha en el cráneo, y se pregunta con delicadez: «¿Se dio usted cuenta?». Es una irretenible hecatombe de máquinas, en la cual no corre sangre alguna. La vida tiene un humor que pasa por encima de cadáveres, sin hacer daño. ¿A qué viene esa violencia? No es más que la prueba de fuerza de la comodidad. Se aprieta un botón y muere un criado. Lo que resulta fastidioso queda fuera de juego. Se doblan vigas a placer, todo marcha a las mil maravillas, y nadie está ocioso. Solo un pedacito de papel se niega de repente a obedecer. No se está quieto, cuando lo han arrojado por comodidad, sino que sube y sube. Lo cual es fastidioso, y se ve uno obligado a darle martillazos. Pero sigue dando respingos. Se intenta acabar con él a tiros. Se hace explotar dinamita. Un alarde inaudito se propone aplacarlo. La vida se ha hecho terriblemente complicada. Al final, todo anda patas arriba, porque algo en la naturaleza no ha querido ensamblarse en el sistema… Acaso un jirón de sentimentalismo, que ha traído consigo de Europa un defraudador.

El burgués no tolera en su casa nada que no se entienda.

La inteligencia de la bestia universal consiste en acogotar: en su odio muere el artista, pero de su odio vive el arte.

¡La que sonríe sardónicamente ante los cuadros y lee libros por encima del hombro; la que prueba con su ateísmo su superioridad ante Dios y con descaro su seguridad ante el artista!

¿No está ahí el narrador a disposición de la gente? ¿Cuánto tarda el atardecer? ¡Ojalá se abreviase de otra manera! ¿Narrar algo? ¿Algo emocionante antes de que llegue la noche? ¿Algo por entregas? ¡Estricnina y tortura! El atardecer dura demasiado.

5

Las dos ciudades

No hay nada que hacer; no soy ningún quejica. Mi odio contra esta ciudad no es un amor equivocado, sino que he dado con una manera completamente nueva de encontrarla insoportable.

Hay un sentido del tiempo que no se deja engañar. Se puede vivir en la isla de Robinsón más gratamente que en Berlín, pero solo si Berlín no existe. En 1910 la isla de Robinsón será incómoda. Comienzan a faltar los taxis, el servicio de agua caliente y el automático para cartas certificadas; aunque hasta entonces no se tenía ni idea de estos inventos. Es propio del tiempo crear necesidades que están ya satisfechas en alguna parte del mundo. En los años treinta todo era más bonito, y por eso los sibaritas nos hemos quedado en ellos. Pero en tanto nos tranquilizamos con la belleza, nos intranquiliza el vacío de los años ochenta.

No puedo vivir en una prendería. Prefiero hospedarme en casa de un *parvenu* que esté en situación de comprar toda la cultura antigua.

El austriaco tiene la sensación de que nada puede sucederle, porque le protege de toda sorpresa la conciencia de haber nacido con la edad de un difunto.

He de hacerle al esteta una comunicación aplastante: la Viena antigua fue una vez nueva.

Viena tiene alrededores muy hermosos a los que Beethoven se escapaba con frecuencia.

La gran ciudad debe ser un entorno para la individualidad. Pero, ¡ay, si tiene individualidad ella misma y necesita un entorno!

El Reich está edificado en el estilo de sus casas: inhabitable pero hermoso. Se han cuidado los palcos, pero podemos decir con orgullo que hemos olvidado los retretes. ¡Qué finos somos: entre nosotros huele mal en los palcos!

Berlín limpia todas las manchas.

La vida austriaca tiene una compensación: la de un bello cadáver.

He soñado hace poco que los pueblos de Europa defendían sus bienes más sagrados contra el peligro negro y amarillo.

La política nos engaña con los valores de simpatía germano-austriaca. No hay nada, salvo brindis y *libretti*, que pruebe un acuerdo espiritual entre ambos pueblos. Los diplomáticos y los agentes teatrales se esfuerzan por una aproximación. Los de fuera saben de un Reich misterioso, en el que Itzig y Janosch llevan la voz cantante, y nos quieren por nuestro excedente en sangre de húsares y amor zíngaro, que es el que reciben en Berlín en días laborables. El judaísmo del teatro, fluctuante entre el Ring y los Linden, atestigua y representa nuestra vida intelectual ante Alemania. ¿Qué dice la política sobre que ni un solo libro salga de Austria de no estar transportado en música? La procedencia vienesa es tan odiosa que solo disculpa los engendros de la imbecilidad y la bagatela. En estos reconoce al menos el origen y otorga la autenticidad. ¡Pero qué esfuerzo sobrehumano cuesta imponerle a un reportero la literatura austriaca como regalo! ¿Qué dice la política sobre mi revista, que hace tiempo pugna por no ser notoria en Austria y que después de diez años empieza a ser lo que es: un hecho alemán?

Berlín y Viena: trabajo en lo insustancial y me estorba la anomalía.

La prueba de sangre puede dar como resultado que el meridional es más valioso. Pero si me detengo a considerarlo no es tan valioso como se ufana

de serlo. Visto con calma, el berlinés aparecería sin valores. Pero su cualidad reside en que no se deja parar nunca; su prisa me acucia. Llego allí donde el impulso y el color irrumpen desde la sobriedad de la vida, allí donde crece el ideal, en el cual nos impide trabajar la cultura mediocre de los estafadores, sin dejar de fortalecerse en el idealismo alemán.

En el arte importa muchísimo el nivel y nada la personalidad. En la vida de fuera es al revés. El berlinés quisiera mantener el arte con nivel; el vienés, con el trato de personalidades.

Tengo ya dicho que el pueblo berlinés se come las ostras que el vienés mira cómo se comen, y que esta es la razón por la cual se puede allí comer ostras sin molestias, ya que, en consecuencia, la atención se pone más bien en las prioridades intelectuales. No es que quiera decir con ello que el pueblo no sea pueblo y no se incline en absoluto a ver comer ostras. Pero como el mar del Norte cuida la cosecha, los problemas del transporte son en Berlín categóricamente imposibles. Creo que es esta toda la diferencia, y que conocerla debiera dispensar a ciertos señores de la molestia de producir nuevas ideas estético-culturales.

En contra del libro contra Berlín: un hombre culto vivirá en una ciudad en la que no hay individualidades de mejor grado que en otra en la que cada cretino es una individualidad.

En Viena se colocan los ceros delante de los unos.

Kempinski. No lo conseguiré nunca. Quisiera desarrollar mi visión de la vida en un sistema filosófico y llamarlo «Kempinski». Cuando se publicase la obra tendrían que suicidarse, por arrepentimiento de una vida desperdiciada, todos los estetas de la cultura berlineses y todos los hospederos de Viena. Partiría en ese libro de las propinas que se reparten y de las comidas que se consumen, para comprobar que la trituración sistemática de los nervios en menudencias externas, que el adorno de las necesidades con impedimentos, conducen a la impotencia cultural. No repararía en utilizar el antiquísimo material, maltratado a su vez sin humor alguno, de la calderilla que se da al sereno, para trazar la línea intelectual

tras Sadowa. Demostraría que un pueblo sin espiritualidad impregna su vida externa, andar, viajar, comer, con sentido, con temperamento y con todo lo que ahorra en arte. No contemplaría: los suplicios de la vida diaria vienesa desde el retiro sentimental de una delicadeza gruñona, propia del señor Bhar y de ciertos muchachetes de Linz, que se extienden ahora en los folletones y me pisan vulgarmente los problemas; no trataría como estorbo a los que hay que ayudar a desaparecer (tras de lo cual llegaríamos definitivamente al huerto de cada uno), sino como síntoma del carácter incurable de un pueblo. Describiría cómo, en esta tierra de cruces y cruzados, se me atasca la vida en una pausa medrosa cuando descubro que el cobrador se da por satisfecho, pero hay que llamarle de nuevo para cambiar, ya que todavía debo atender a otros tres. Mediría hasta qué grado se agota aquí a diario un hombre que piensa para que los instrumentos desplieguen sus energías individual, pictórica, tirolesca, camorrera y registralmente, y así tengan diversión los viandantes. Expondría cómo el vienés se quedaría seco, si la vida fuese determinante; cómo el obstáculo es para él una necesidad vital; cómo necesita de la perplejidad para que le libere de ella el camarero, que son seis los que precisa para una perorata; cómo tiende a buscar romanticismo para la digestión, ese romanticismo que debe negarse en otras circunstancias de su vida, mientras lleva adelante, entre el cocido vienés y los pastelillos de sémola, sus vivencias, aventuras, sorpresas y desengaños, al tiempo que disfruta, al serle presentada la cuenta, de la veneración por la papilla. Mostraría que esos fantasiosos de la indigencia no solo no pueden privarse de los retratos de sus hospederos en boga, sino que además se convierten en mirones ante una invitación como la que sigue: «Todos los días el mundialmente famoso pollo frito. Con suma consideración, Vincenz Deierl». Comprobaría que la extenuación estética y cultural de nuestras enmarañadas razas ha llegado a establecer los rostros más feos que se pueden tener en todo el orbe terráqueo, y que el bamboleo de un tranvía, que es casi un símbolo de estas naciones agitadas confusamente, indica la situación de los alemanes en una Austria superpoblada romano-eslavo-provincianamente. Delataría la manía local de grandeza, que distribuye la vida no en lo interno y lo externo, sino —hambre y amor— en lo de delante y lo de detrás; que las autenticidades que ha arrendado, todas ellas sin excepción, incluidos los bollos de la merienda, hace tiempo que están superadas en Berlín. Que el principio berlinés abarca

hoy la autenticidad, aunque su sentido cultural repose en una inautenticidad soñadora, en la señalización tan febril como efímera de los valores externos de la vida, en la posición de un marco que deja espacio para los espíritus creadores. Que la democratización de las cosas, no del arte, la mecanización de la vida exterior, son el camino para una cultura interiorizada. Que en tiempos de indigencia intelectual la vida berlinesa es un puente colgante. Que en Viena el artista se inspira a lo sumo en el hastío y no soporta Viena, sino en tanto que la vivencia del fastidio sigue siendo productiva. Que se salva entonces de lo antiesencial en lo insustancial. Que la tonalidad diaria de Berlín es una evidencia que amalgama todo lo nuevo, mientras que aquí encontramos a diario que lo antiguo es insólito, embobamos la tradición, esperamos en el pasado y, como inquilinos recientes de casas que amenazan ruina, seguimos arreglándonos. Daría con la fórmula mágica de Berlín: la meta no es aquello que debemos pasar por alto. Los víveres no son la finalidad de la vida. Si el pavimento es bueno y liso, no es peligrosa la avenida de la victoria. Otto el Vago, visto desde un automóvil, es una obra de arte al lado de una diosa parlamentaria de cera, ante la cual salimos corriendo. Comer para vivir, no vivir para comer. Tener que comer para estar bien de los nervios, pero no tener que estar bien de los nervios para poder comer. No ocurrirá allí nunca que el hospedero sea su propia tertulia. Ni en la cultura, ni en el establecimiento. Y Kempinski, un benefactor de la humanidad, que ha ayudado a los hombres que tenían otras cosas que hacer a despachar sus necesidades sin peligro, ha muerto sin que nadie pudiese probarle que ha vivido. Si la comida fuese allí tan mala como se figura nuestra manía por el asado, incluso en tal caso sería mejor, ya que es servida sin *pathos* y con miramientos por los nervios, mientras que nosotros, románticos de la necesidad, estamos siempre insatisfechos, porque se nos alcanza el pecho de ternera como si fuera nuestro corazón y porque ninguna perfección nos compensaría de tamaño fastidio. Describiría cómo el vienés llega a Kempinski con su innato terror al «establecimiento de los piensos» y sin esperanza de encontrar un sitio, por lo que ha comido tan aprisa que se le atraganta para siempre la pregunta al destino: «¿Qué puede usted recomendarme?». Mesa 109, camarero 57; resultado: huésped 6.213. Pero este sobrevive, en el coral de las máquinas, a sus ideas, mientras que el huésped solitario de un figón en un barrio de Viena no oye ni su propia palabra. Pintaría los idilios de la Leipzigerstrasse y los peligros de la

Himmelpfortgasse. Y me arrebataría prefiriendo la poesía de la línea recta a los anticuados anhelos de la belleza que pasta en las corvas callejuelas, y la vida de la evidencia misteriosa que, portentosamente, se arrastra con muletas.

La vida vienesa está dibujada al estilo de una mala revista de humor. Distintivo de ambas: la inmovilidad de las figuras.

Lo que a primera vista distingue a Berlín de Viena es la observación, según la cual se alcanza allí un efecto engañoso con el material más devaluado, en tanto que aquí se usan únicamente elementos auténticos para la cursilería.

En verdad, en verdad os digo que antes se acostumbrará Berlín a la tradición que Viena a las máquinas.

La vida desagradable se hace grata en la tensión de una empresa nueva; ya que el desarrollo técnico sirve para simplificar la vida y, por tanto, para acomodarla. Solo si era ya antes agradable, la hacen las máquinas ingratas. Resulta, pues, insensato buscar líneas telefónicas en una ciudad antes de que lleguen los mensajeros o subirse a un automóvil antes de que esté engrasado o cuyo conductor está merendando o comprometido. Pero es de locos hacerle reproches a la comodidad. La máquina ha endeudado al desorden.

Conozco un país en el que los automáticos descansan en domingo y no funcionan durante la semana.

Visión de la vida vienesa. ¡Si pudiésemos tener aquí visiones! Pero no hay lugar para ellas entre tanto visionario. ¿No está enjaulada aquí la locura universal? Cuando llegamos, una individualidad lleva la maleta a un lugar apartado, en el que personalidades en agraz la contemplan mudas, sin curiosidad ni deseo. Lo que esto significa nos lo aclara el maletero con el término «impuesto de consumo», que suena a «impuesto de adorno». En este dialecto podría también decir «abracadabra». Ya que está a la entrada el conocimiento de la falta de sentido de toda vida exterior. Se oye entonces un vocerío. Viene de un filósofo que guía un caballo y los filósofos, que le

salen al encuentro, no quieren desviarse; prosigue una disputa acerca de que tú no eres lo bastante desprendido y le recortas los medios necesarios para vivir contemplativamente a un hombre, que es padre de familia y que además no quiere mantenerte. Me lo sé de memoria. Soy un instrumento en manos de los que están organizados de manera superior. Lo mío, como pasajero, son los cocheros. Si me han alquilado para un viaje y logro, con el picaporte, abrir la portezuela del coche, una personalidad extraña y descalza la abre otra vez, deja que entre el viento y la lluvia y reclama recompensa porque ha logrado, sin mi ayuda, abrir y cerrar la portezuela. Lo mío, comiendo, son los hospederos que todavía viven. En cuanto desvalijado, lo mío es la policía. El Estado, en cuanto ciudadano. Una mecha para fumadores, en cuanto fumador. Como persona privada, sirvo al mirón. La única compensación que tengo es contar las canas en las sienes del señor Pollak. Me siento como un público de teatro que, en el entreacto, se descompone en amigos íntimos que intercambian novedades de familia. Oigo la pregunta: «¿No vais este año a St. Moritz?»; la aseveración: «Gana un quintal»; la comprobación: «Bunzl se ha bautizado»; y la exclamación: «¡Se lo tengo que decir a Kramer!». Me escapo a una cabina para telefonear. Me encuentro en ella a solas y recibo todos los ruidos de la ciudad. Un océano de demencia canta en el auricular. «Reserve usted 26 dobles de ancho»; «Oye, ¿me oyes?, saluda a Steffi»; «¿9982»; «9182?»; «9982»; «Ah, ya, 9983»; «Póngame usted de una vez con la extensión 3 del 437»; «¡Pero si ya le he puesto con la extensión 2 del 525!». La ciudad está a los pies de cada uno de sus habitantes. Cada cual parece abarcar a su manera, a prueba de cepas, soleadamente, como un saldo de pago, el distrito municipal. No hay conjuntos, comparsas, gentío. Los cambios consisten en cantantes de la Real Ópera que se han declarado prestos a colaborar en el coro a favor de los fondos para jubilados. El primero de mayo distingo a una mujer gorda de una flaca, a un hombre flaco de uno gordo. Viven todos como si estuviesen marcados por el arado de la belleza. El que anda se para. Los caballos van por los aires. O cruzan alegremente las patas como los cocheros. La Ringstrasse está repleta de un bigote muy bien rizado. No se puede pasar sin tropezarlo. La vida discurre antes de que se aleje. El hombre en cuestión es más alto que la casa del fondo. Cubre el cielo. Alrededor está la vida muerta. Me adentré por la prolongación de la Kärntnerstrasse. Una nube de humo ascendía en la noche. Poco a poco se

mostraron los perfiles. Un cabriolé estaba en medio. Me preguntó el cochero si quería cogerlo. Me pegué un tiro.

6

Lances, ocurrencias

En esta pocilga, en la que cambian suertes ladrones húngaros de caballos; en esta humareda de tabaco y usura oigo de pronto, entre una sarta de imprecaciones, la palabra *glaukopis*. Dicha con la boca muy abierta, pero con tal efecto que me arrastra a través de los siglos. Vuelvo enseguida a mis cabales, ya que se me ocurre que la diosa sería un caballo de carreras.

El diablo es optimista si cree que puede hacer peores a los hombres.

Los místicos olvidan a veces que Dios lo es todo, salvo místico.

Una naturaleza metafísica ve las sacudidas en el cinematógrafo. Los de aquí creen en el desarrollo, cuando el film es biográfico y desarrolla personalidad.

«Espacio de tiempo»: un *quodlibet* de la eternidad. Intentemos por una vez, y sin dolores de cabeza, imaginarnos un tiempo de espacio.

El inmortal vive las plagas de todos los tiempos.

Aparentar tiene más letras que ser.

¡Qué poco hábil es la mala conciencia! Si algunos no se quitasen, al pasar ante mí, el sombrero, no sabría yo que tienen paja en la cabeza.

Si no tuviese tan buena memoria, me acordaría de todos los que me recuerdan.

Me decía un *gourmet*: en lo que toca a la *crême* social, prefiero la escoria de la humanidad.

Otoño en Bad Ischl: los rigores de la estación han porfiado con las inclemencias del público. Yo voy cuando alargan los atardeceres. No está ya lejos el ansiado día que reúne a los huéspedes del casino en la capital. La lluvia ha limpiado los paseos, ha barrido al último parásito, y el bosque respira libremente tras la partida de una humanidad que ha creado el libretista a su imagen y semejanza, si bien conforme a una idea ajena.

La carrera es un caballo que llega, sin jinete, a las puertas de la eternidad.

Quisiera apartar mi existencia de su coexistencia.

Aunque a muchos no los conozco, no los saludo.

Las estaciones pequeñas están muy orgullosas de que los trenes rápidos tengan que pasar de largo.

Un halo de profundidad surge con frecuencia porque un mentecato tiene además cabeza de chorlito.

Un cerebro que solo expresa lo que es, pero no lo que parece.

Citaba uno con gusto la frase de Jean Paul: cada especialista es un asno en su especialidad. ¡Y se encontraba él en todas las especialidades como en su casa!

El diletantismo es tan inepto como el arte. De no haberse aliado con la avaricia, lo ignoraría el público.

La posteridad les escatimará los favores que los contemporáneos les dispensaron.

Muchos tratantes de caballos ponen ahora su esperanza en el Pegaso.

Hoy es original el que haya robado primero.

El que plagia debería copiar cien veces al autor.

Los jóvenes hablan tanto de la vida porque no la conocen. Se les atragantaría lo que dicen.

Al leer que un imitador alababa el original tuve la sensación de que una medusa había venido a tierra para contarnos amablemente su estancia en el océano.

Era tal su manera de relegarse a segundo plano, que provocaba escándalo general.

Un lobo con piel de lobo. Un canalla bajo el pretexto de serlo.

Obró mal una vez: no se puede concluir por ello sobre su carácter. Pero luego obró noblemente, y ahora sospecho que es un mal tipo.

El odio tiene que ser productivo. De lo contrario, amar es igualmente sensato.

La salchicha es sumamente desagradecida cuando llama cerdo al cerdo.

Muchos tienen el delirio de grandeza de creerse locos; y solo son chiflados.

Una sentencia médica: de los padres los calzones viejos, son de los hijos los complejos.

El escepticismo ha evolucionado desde el *que sais-je* al «yo qué sé».

El padre nuevo: «Mi hijo no está bien. Es un místico».

Por todas partes hay que huir de la presión del filisteísmo. Conozco a una que se escapó a escondidas del teatro para irse a casa.

En la vida amorosa de la gente se ha introducido un completo embrollo. Nos encontramos con formas híbridas, de cuya posibilidad no se tenían hasta ahora ni sospechas. A una sádica de Berlín se le escapó hace poco la siguiente frase: «¡Noble esclavo, te ordeno que me arrees ahora mismo una buena!». A lo cual el asesor del caso respondió escapándose aterrado.

El eros de Viena: bajo el pretexto de que cada mujercita necesita un hombrecito se acercó a ella, por lo que ella no tuvo más remedio que decir: «¡Quítese de ahí, malvado!». Una vez que hubo él explicado que prefería quedarse donde estaba, le rogó ella encarecidamente que por lo menos no se arrimase demasiado a sus apetitosas albóndigas, porque la consecuencia inevitable sería un bastardo, lo que provocaría en su casa un buen jaleo. Rogó él entonces que no montase ella ninguna historia, ya que era una monada y él un guaperas, dispuesto a todo menos a no ser un hombre. Por lo que no permitió que le detuviese y, ¡zas!, ya todo había sucedido. Le dijo entonces que era una cualquiera, y se marchó a donde hay vino y nosotros no somos nada. Cuando ella, antes del plazo, le amonestó a que cumpliese con su deber, pensó él: ¡Ni siquiera hay que ignorarlo!

El que no haya poseído nunca a una virgen es un hombre caído, arruinado de por vida, y tiene por lo menos derecho a víveres.

La única represión, que no es eróticamente valorable, es la imagen del votante cuando se trata del senado de la ciencia.

«Una vividora húngara arrestada en París por malas costumbres»: la serpiente se habrá mordido la cola en el paraíso.

El amor al prójimo no es el mejor amor, pero es, con todo, el más cómodo.

Para una pareja de amantes felices hay sitio en la más angosta de las cabañas; ninguno, en cambio, en la mismísima ciudad.

No estoy a favor de las mujeres, sino en contra de los hombres.

Brunes et blondes: así de simple es la distribución del mundo parisino. Nos queda solo la duda de si se trata de *femmes* o de *bières*.

Su rostro: un conjunto mediocre en el que destaca la nariz.

He conocido a un donjuán de la continencia, cuyo Leporello ni siquiera era capaz de reunir en una lista las mujeres no habidas.

Un títere arrojó entre bastidores un palillo de dientes. Hubo jaleo. Arrojó entonces entre bastidores un punzón. No hubo jaleo alguno. Arrojó un trocito de papel entre bastidores. Volvió a armarse jaleo. Cogió un plumón, alzó la mano y… otra vez jaleo. Pero no había arrojado nada. ¡Lo hacía para fastidiar!, y se alegraba por haber chasqueado al principio de causalidad. La esencia de este humor estriba en que el eco de las cosas humanas es más fuerte que su clamor y en que la petulancia del eco se comprueba eficazmente al no responderle con clamor alguno.

No se contiene al progreso con prohibiciones. En Engadina no se permite circular a los automóviles. ¿Cuál es la consecuencia? Que los cocheros de punto tocan la bocina.

El progreso debe de ser como una fregona: se mueve sin parar, no se aparta de las manchas y deja, sin embargo, el piso reluciente. Lo que le mantiene en forma es la brillantez externa y una apariencia de libertad.

La esencia del diplomático se compone de dos representaciones: *déjeuner* y *courtoisie*. Todo lo demás es malo.

El liberalismo austriaco abarcó con igual pasión los años cuarenta y ocho y los setenta y tres. Lo cual dio como promedio los años sesenta y seis.

La historia universal se ha convertido para los polacos en un juicio ejecutivo. Seguro que porque se les ha pasado un plazo han omitido un trámite, no han cumplido una formalidad. Los costes de embargo han sido mayores que la deuda.

En el Estado hay personalidades de las que nada se sabe sino que no debemos ofenderlas.

También el gusano se retuerce cuando lo pisan. Pero si el que lo pisa es un guardia, comete un acto de violencia pública.

El temor a la prensa no es en los actores un vicio, sino una cualidad.

La política socialista tiene que ser un rito. Conozco a algunos que parecen los matarifes del becerro de oro.

El diagnóstico es una de las enfermedades más extendidas.

La errata de imprenta no es de buena familia: el azar la ha engendrado con la inteligencia. Pero a veces es muy presentable. Por ejemplo, cuando impugna la afirmación de un profesor, según la cual gran parte de las mujeres no tienen impulsos sexuales y se entregan a la vida matrimonial solo por amor al hombre —mientras que el profesor decía: por amor a la vida matrimonial y al hombre—. Alguien pensó que la crítica de arte vienesa es como el tambor publicitario de la liebre de los artistas. La errata confirmó y dijo: de la casa de los artistas. Atajó de plano la frase hinchada de un patético artículo de fondo acerca de un desharrapado que se hacía pasar por el más fuerte, con la afirmación de que el pendenciero adopta siempre actitudes de esgrima. En tales casos puede uno confiar en la imprenta.

En el ancho reino de la total carencia de melodía resulta difícil reconocer un plagio.

Se lo han repartido los estetas. Al doctor Arturo le tocaba la muerte; a Ricardo, la vida; a Hugo, las iglesias votivas y el atardecer; a Poldi, las colecciones de ámbar; y a Félix, todo junto y mucho más, incluido el Renacimiento.

El romano está a medio camino del artista, y por eso entorpece el camino al artista entero.

Una vez satisfecha la añoranza de Italia podría ocurrir que todavía no es bastante y que se abrace entonces a un guardia prusiano.

Si se considera la receptividad artística del público parisino y se sigue, con asombro, la línea cimbreada de su sentimiento romano de la vida, se llega a un punto en el cual es solo cuestión de tiempo que un ómnibus se precipite al Sena desde uno de los puentes.

Frontera austriaca: confortable; hay que tener cerrado el bolsillo.
Frontera italiana: romántica; hay que taparse las narices.
Frontera alemana: es seguro que pueda uno meterse en aventuras.

Solo con que lo mire el cochero, echa a correr el taxímetro.

Tenía una manera de gritar «¡La cuenta!» que no acudía el camarero porque pensaba que era una reclamación.

Conozco a un triste que está siempre agitado. Cocina sin agua; el esmalte apesta.

Hay personas que se parecen muchísimo a nuestros compañeros de clase, los del último banco.

Como vorazmente por voracidad de no comer.

Uno, que empezó a contarme recuerdos, tenía una voz que chirriaba como la puerta del pasado.

Hago que el guardia baile al son de la música que prohíbe.

Su risa es un regulador de la demencia universal.

En un cuarto con vistas al mar me despertó un coral la primera mañana. Un ruido de resaca y sermones; ya no sé cómo volví a dormirme y soñé con cruzadas. Abajo arrebataba al pueblo Bernardo de Claraval. Sonaba

repetidas veces algo así como *Spondeo* y *Benedicamus Domino*. Luego, sorda e incomprensiblemente, como en el día del juicio final, la exclamación «¡Porelebá, Porelebá!», que me sacó del sueño. Era como el puño alzado de una multitud fanática entre ayes y furias. Y, sin embargo, una voz, penetrante y entonada, se quejaba sin cesar «¡Delimel, Delimel!», tal la de un niño que en la aglomeración santa ha perdido a su madre. Era como si la humanidad estuviese peregrinando. Escuchaba en tensión y creí distinguir algo así como «¡Lömatän, Löschurnal!». En un arrebato de éxtasis gritó alguien con inaudita decisión, excitando a la acción: «¡Sésonostánd!». Pero se lo tragó el estrépito, y la respuesta fue de nuevo «¡Poréleba, Poréleba!», y, con la voz del alma, un poco acobardada, «¡Delimel, Delimel!». Pareció entonces que todo se recogía, que subía al cielo una acción de gracias, y una voz cantó «¡Excelsior!». De pronto —no sé qué me pasó— soltó alguien «¡Salchichas de Frankfurt!», y exclamó, como si apartase de mi frente las tinieblas de la Edad Media: «¡Nueva prensa libre, nuevo diario de Viena!». Abrí la ventana y dejé entrar a chorros el milagro de Dios.

¡Si la tierra sospechase el miedo que tiene el cometa a tocarla!

7

Pro domo et mundo

¡Ay del tiempo en el que no haga el arte que la tierra esté insegura, y en el cual le dé vértigo al artista, y no al hombre, ante el abismo que separa a uno de otro!

El arte desordena la vida. Los poetas de la humanidad establecen siempre el caos.

Una salida: si los hombres han sacrificado ideales y vida por la invención de un vehículo, toma dicho vehículo para escapar de los cadáveres y acercarte a los ideales.

La revolución contra la democracia se consuma en el suicidio del tirano.

La cultura termina en cuanto los bárbaros se escapan de ella.

El moderno fin del mundo tendrá lugar cuando la incapacidad de manejo por parte del hombre se ponga de manifiesto ante el perfeccionamiento de las máquinas. Los automóviles no consiguen que los conductores avancen.

El progreso celebra una victoria pírrica sobre la naturaleza.

Las épocas han muerto o por grasas o por consunción. La nuestra quiere burlar a la muerte con una pobreza sobrealimentada.

Tenemos, con todo, setenta diputados liberales. Es mucho, si se piensa que solo hay diez mariposas del género *Saturnia*.

Tras el descubrimiento del Polo Norte y después de haberse probado con qué ligereza adquiere la humanidad obligaciones científicas, ha merecido esta, por su demencia elevada a categoría de juicio final, ser puesta de nuevo bajo la tutela de la Iglesia.

Cuando una cultura siente que su final se acerca manda llamar a los curas.

A la manera de Goethe:
El que posee arte y religión tiene también la ciencia.
El que no tenga ni uno ni otra, que tenga ciencia.

La libertad es necesaria para llegar al conocimiento. Pero estamos en este más encerrados que en el dogma.

Habría en este mundo más inocencia si los hombres fuesen responsables de lo que no pueden serlo.

¿Quién sabe lo que ocurre en casa cuando no hay nadie en el cuarto? Desde luego que no sabemos si hay espíritus. Porque en el mismo instante en que el saber empieza termina su expulsión.

El espiritismo es un intento de abrir las ventanas bajas que dan a la calle. Resultará entonces tanto más imposible que, estando abiertas de todos modos, nos aterroricemos por cómo nos miran los que están en las casas. Ya es esto bastante; y que no nos rompamos la cresta contra las paredes. Hay un más allá que termina con la muerte.

La verdadera metafísica reposa en la fe de que algún día habrá calma. Se le opone la idea de una resurrección de la carne.

El desarrollo es un pasatiempo para la eternidad. No se lo toma esta en serio.

Si hay que creer en algo que no se ve, prefiero los milagros a los bacilos.

El pesimismo es el reuma del espíritu. Al menos lo nota uno cuando hace mal tiempo.

Cuando llegan los primeros desengaños se disfruta a manos llenas del hastío vital, se sacrifican fácilmente al instante todas las esperanzas, se es, en fin, un saltimbanqui de la muerte. Más tarde se madura y, desde la glotonería del suicidio, se reconoce que siempre es mejor tener la muerte por delante que la vida por detrás.

La justicia es siempre justa. Opina que el derecho tiene, de todos modos, razón; en consecuencia, se entrega a la sinrazón.

Se da siempre en este mundo el placer de mortificar un corazón, porque había sido ofendido un bolsillo.

La legalidad declara culpables tanto a los responsables como a los que no lo son.

La humanidad declara culpables a los responsables y libres a los que no lo son.

La anarquía declara libres a ambos.

La cultura declara culpables a los que no tienen responsabilidad alguna y libres a los que sí la tienen.

Sobre la meta estamos de acuerdo. También yo llevo en el corazón un jardín del Edén, que prefiero a la Friedrichstrasse. Pero no conozco otro camino para llegar a ese paraíso.

Estábamos, el poeta del sexo y yo, ante una barraca de feria y mirábamos, pensativos, la representación del gorila y la mujer. El gorila giraba la cabeza y rechinaba los dientes. En sus brazos respiraba la mujer con dificultad. El poeta giraba la cabeza y rechinaba los dientes.

La fantasía no hace castillos en el aire, sino, de barracas, castillos.

Las contradicciones del artista deberían encontrarse en un nivel superior, aunque fuese allí donde Dios habita.

El Sol tiene visión del mundo. La Tierra gira. Las contradicciones del artista son las propias de un observador que no vive a un tiempo el día y la noche.

Se les aconseja ahora a los autores que tengan vivencias. No creo que esto les ayude, puesto que si han de vivir para poder crear, no crearán. Y si no tienen que crear para poder vivir, tampoco vivirán. Hay otros, los artistas, que hacen ambas cosas a la vez. Y a estos no hay quien les aconseje ni los ayude.

Arte es eso que se hará mundo, no lo que ya lo es.

¿Que el artista ha de vivir más? ¡Pero si vive más!

El artista ha de hacer concesiones al oyente. Por eso Bruckner ha dedicado a Dios una sinfonía.

Dos corredores corren durante un tiempo; el uno, osado, el otro, medroso. El que no viene de ninguna parte alcanza la meta; el que viene del origen muere en el camino. El primero, al llegar a la meta, le hace sitio al que murió en el camino. Y este, eternamente medroso, está siempre en la salida.

El que llevó su piel al mercado tiene más derecho a la sensibilidad que el que regateó en él un traje.

Yo y la prensa diaria: nos comportamos como la lluvia y la jeringuilla. Esta es puntual y evitable.

«Si no hubieses escrito un ataque contra A., alabaría este tus obras.» ¿Habría podido escribir todas las demás obras de haber omitido alguna para serle útil?

Con que solo haya uno que no silencie a la prensa todo lo demás vendrá enseguida.

No creo contar entre esos autores por cuya difusión cuida el Estado treinta años después de que se encuentren sin capacidad para recibir honorarios y leer pruebas de imprenta. Pero si ocurriese, contra mis deseos y previsiones, que semejante acción benemérita se intentara conmigo y que hubiese, por tanto, un editor o un impresor que, para recibir los honorarios, no leyese las pruebas en mi lugar, que tome mi maldición como prólogo ya desde hoy, es decir, en un tiempo en que todavía soy capaz de redactar. Porque, aun treinta años después de mi muerte, me importará más que una coma esté en su sitio que la difusión de todo el texto. Y por eso precisamente creo que cuento entre los autores que, una vez transcurrido el plazo de protección que el Estado, por respeto a la popularidad, limita a treinta años, nada tienen que temer por su reposo.

Estar bajo la propia rueda: suficiente recompensa.

Ya no tengo colaboradores. Les envidiaba. Me ahuyentaban los lectores que quiero perder yo mismo.

Cuando doy una conferencia no pongo en escena la literatura. Pero lo que escribo es arte escénico puesto por escrito.

Padecería fiebre de candilejas si tuviese que hablar con cada uno de todos aquellos ante los cuales hablo.

Ya no puedo sentarme entre el público. Esa comunidad que saborea, esa intimidad que comprende, ese barrunto de los dones y reclamo de las propinas, ese saber acerca del ingenio y no saber que el autor se les escapa, esos entender y estar de acuerdo —no, ni en mis propias clases podría soportarlo de no estar sentado en el podio—.

Muchos de los que se han quedado atrás en mi propia evolución podrían expresar más inteligiblemente lo que pienso.

Si alguien sospecha de mí, ahora me protege la distancia. Ahora corto el vidrio con un diamante: pero sigue siendo solo vidrio. ¿Cómo podría el

vidrio arañar al diamante? ¡Qué ruido tan penoso se produce cuando alguien se acerca a las cosas intelectuales sospechando de sus motivaciones!

La debilidad, que convirtió en malo al impulso impotente, es la que me presume. No entenderías que a tantos medios se uniese una ambición tan menguada.

Entre los malos ejemplos, que pervierten las buenas costumbres, cuentan los buenos ejemplos. ¿O es que se cree que un cobarde podría seducir a cien valientes? Pero antes de que uno de estos llegue a probar su valeroso ánimo, cien cobardes se habrán mostrado como tales.

Me duele el corazón cuando veo que el provecho de su traición es menor que el daño de mi amistad.

De una antorcha se desprende siempre algo. Un pedacito de mala suerte.

Estoy acostumbrado a que los jovenzuelos, a través de un respeto insensato de mis gestos, lleguen por determinadas reacciones a una crítica insensata de mis contenidos; y sigo en ascuas, aunque las polillas estén en contra. Me resulta también conocido que los talentos den sus primeros pasos periodísticos machacándome; y yo sigo en mi sitio. No consideran nunca que para un ataque hacen falta dos atacantes. Yo estoy aquí, pero ¿dónde está el otro que me ha vencido? También para el sadismo hacen falta dos; de lo contrario, degenera en grosería, a la cual ni el amor al prójimo conseguirá arrastrarme. Espero sin desmayo al enemigo que, aparte de su complacencia en detestarme, tenga una justificación individual de su existencia. Me complacería entonces con las invectivas que reparto.

Un milhombres se puso firme ante mí, esperando una bofetada. Arreé por detrás y atiné a un coloso inflado; ambos al suelo. Había calculado con toda exactitud el golpe y su eficacia.

Me objetan, con frecuencia, mis premisas. Por ejemplo, que mi polémica se agarre a la existencia.

Jamás he atacado, sin embargo, a una persona por sí misma, ni siquiera cuando la he llamado por su nombre. Si fuera un periodista, pondría mi prurito en haber censurado a un rey. Pero como arremeto contra el hormiguero de los carreteros, será por delirios de grandeza por lo que alguien en particular se sienta tocado. Si nombro a alguien, lo hago únicamente porque el nombre aumenta el efecto plástico de la sátira. Tras diez años de trabajo artístico debieran mis víctimas estar lo bastante enseñadas como para entenderlo y dejarse de lamentaciones.

Hacerle objeciones a la sátira es lo mismo que disponer un encuentro de los merecimientos de la leña y la implacabilidad del fuego.

Tiene que haber injusticia; de lo contrario no acabaríamos nunca.

Mis glosas necesitan un comentario; sin él se entenderían harto fácilmente.

Estoy dispuesto, si es que algo se me ocurre, a tributar grandes honores al menor de los motivos.

Considero como mi derecho inalienable transformar a la más pequeña mosca que me roce en la forma de arte que más me guste. Este derecho es indigentemente equivalente al derecho del lector a no leer lo que no le interesa.

La sátira escoge y no conoce tema alguno. Surge al huir de estos cuando se le imponen.

¿Qué puedo hacer, si las alucinaciones y las visiones viven, tienen un nombre y son consistentes?

¿Qué puedo hacer, si Fulano de Tal existe realmente? ¿No lo he inventado a pesar de ello? Si fuese un tema, escogería mejor. Si aspira a ser ofendido por la sátira, ofende a la sátira.

No escojo mi material, sino que lo separo de los materiales y escojo al resto.

Si el contenido de mis glosas fuese polémico, me conduciría al manicomio la creencia de poder diezmar con ellas la multitud de los parvos.

El memo, que no solo no se imagina el mundo, sino que tampoco lo ve, cuando el arte se lo propone, retira de una síntesis satírica lo justo para entenderla, esto es, un pequeño sobrante, que sí entiende; por los caminos de la simplificación, los que le resultan transitables, llega hasta los motivos que el satírico ha dejado atrás, y se identifica amorosamente con el detalle contra el cual, opina él, se ha vuelto el autor. El memo debe sentirse tocado por una sátira, que no va con él o que arraiga a mil leguas de su esfera de intereses.

No sé bien si el filisteo representa un *vacuum* en el espacio universal o si no es más que una pared, separada del espíritu por un vacío toricéllico de este. Pero ya sea como *minus* o como barra tiene que reaccionar, por principio, con hostilidad respecto al arte, puesto que le da una conciencia, sin darle un ser, y le empuja a la desesperación de un *cogito ergo non sum.* Le empujaría incluso hasta el suicidio, de no ser tan cruel que le obligue a probar en vida su inexistencia. Se pinte un cuadro o se haga un chiste, el filisteo lucha por la existencia, cerrando los ojos o tapándose los oídos.

Un chiste puede compensar de una significación más profunda con la hilaridad material. Pero si el filisteo es del partido de quienes toman en cuenta la ofensa material, se pondrá rabioso.

La relación de la sátira para con la justicia es esta: de quien pueda decirse que a una ocurrencia ha sacrificado una intuición se dirá también que sus sentimientos eran tan malos como su ingenio. El publicista es un pícaro, cuando se pone a ser ingenioso más de la cuenta. Se enfrenta a un tema y, si este era indigno de un tratamiento polémico, más indigno del tema será el publicista.

El satírico nunca puede sacrificar algo elevado al chiste, ya que su chiste es siempre superior a lo que sacrifica. Reducido a opinión, el chiste hará daño;

la idea tiene siempre razón. Dispone las cosas y los hombres de tal manera que a ninguno le suceda mal.

El pensamiento organiza el mundo como lo amargo el estómago: no tiene nada contra el órgano.

La sátira está lejos de toda hostilidad y significa benevolencia para una totalidad ideal, hacia la cual se abre paso a través de particulares reales, pero no contra ellos.

Nadie es tan positivo como el artista, cuyo tema es el mal. Redime del mal. Cualquier otro se contenta con apartarse de él y dejarlo en el mundo, que ataca entonces con más fuerza al sentimiento sin defensa.

Bastante desgracia tengo con que se me ocurra algo sobre cualquier bribón. Pero siempre creo que se refiere a un rey ausente.

Un leño chico, que prendí, dio un resplandor. Cuando soplé se había apagado.

Muchos son, entre los que he tratado en mi vida polifacética, los que tienen algo contra mí, saben algo contra mí. Y algo podrán probar en mi contra: que he tratado con ellos.

Viene el diluvio y vivo en el arca de Noé. Que no se me tome, pues, a mal que haya acogido en mis arcones no poco del ganado según su especie y de todo tipo de sabandijas según la suya.

Mis deficiencias me pertenecen. Me animan a reclamar mis ventajas.

¿Quién recusará un error que se ha traído al mundo, sustituyéndolo por una verdad adoptada?

El mundo quiere que seamos sus responsables, pero no quiere responder de sí mismo.

Por un oído me entra, por otro me sale, luego la cabeza sería una estación de tránsito. Lo que oigo, me sale por el mismo oído.

Para remediar un error no basta con canjearlo por una verdad. En tal caso se mentiría.

Para poder escribir he de despojarme de las vivencias exteriores. El apuntador habla en mi cuarto bastante alto.

Quien precisa de vivencias de gran talla tiene en ellas cobijo. Yo libro luchas titánicas con las comas.

Cuanto más de cerca se mira una palabra tanto más se recata.

Me alimento de escrúpulos, que aliño yo mismo.

Una frase no reposa nunca. A veces pienso que una palabra se ha asentado y no volverá a moverse. La de al lado alza la cabeza y se ríe de mí. Una tercera tropieza con una cuarta. Todas ellas me apuntan con el dedo. Echo a correr; cuando regreso, todo está de nuevo en calma; y al meterme entre ellas se desata el jaleo.

Si antes de la consumación le pido a un sabelonada un consejo, no le pediré después su juicio a un maestro.

No creo que me avenga, antes del trabajo, al consejo del sabio, ni a la opinión del lector, una vez que la obra está impresa. Pero entre trabajo e impresión puedo entrar en un estado en el que la ayuda del botones signifique para mí la redención.

Pregúntale al prójimo solo sobre cosas que tú sabes mejor. Entonces sí que será valioso su consejo.

Lo que el otro no sabe lo decido dictatorialmente. Pero le pregunto de buen grado sobre lo que yo sé.

El débil duda antes de decidirse. El fuerte, después.

Es bueno tener por irrelevantes a muchas cosas y a todo por relevante.

He resuelto no pocos problemas de estilo, primero con la cabeza y luego a cara y cruz.

El pensamiento provoca al lenguaje. Una palabra da otra palabra.

Solo en el gozo de la creación lingüística se hace del caos un mundo.

El arte es el misterio del nacimiento de la palabra antigua. El plagiario está informado y no sabe que se trata de un misterio.

La idea es lo que le falta a la trivialidad para ser idea.

Mi lenguaje es la prostituta universal a la que convierto en virgen.

No me mezclo de buen grado en mis asuntos privados.

Por la noche, con mi recado de escribir, en un estado avanzado de gozo intelectual, sentiría la presencia de una mujer como algo más perturbador que la intervención de un germanista en mi dormitorio.

Que alguien llegue y que robe la frase final de *Ifigenia:* «¡Adiós!».

Al enviarme el impresor las pruebas de este libro vi mi vida repartida en frases. Me percaté de que la mujer llena solo diez páginas y el artista treinta. ¡Que uno se lo agradezca a la otra!

Hablo de mí y miento la cosa. Hablan de la cosa y me mienten a mí.

Los ciegos no están conformes con que yo tenga ojos en la cabeza, y los sordos dicen que soy mudo.

¡Ojalá encuentre alguna vez a un idiota modesto, que no entienda mi lenguaje y dude de su oreja!

Mi respeto por las irrelevancias crece gigantescamente.

Cuando se le gritó a esta época que ronca, que alguno llevaba diez años sin dormir, se acostó sobre la otra oreja.

Tengo mis esperanzas de que la sustancia nutritiva de la desesperación alcance para once años.

Cuando tomo la pluma en la mano nada puede sucederme. ¡Que tome nota el destino!

A nadie le pido fuego. No quiero agradecérselo a nadie. Ni en la vida, ni en el amor, ni en la literatura. Y, sin embargo, fumo.

¿Que el tormento no me deja elegir? Sí; elijo el tormento.

No permito que se me impida dar forma a lo que impide darla.

En mí el lenguaje, portador del más sublevante de los contenidos vitales, se subleva contra este. Se mofa, da alaridos y se agita entre náuseas. Vida y lenguaje andan a la greña hasta hacerse tiras, y el final es una imbricación inarticulada, que es el verdadero estilo de la época.

Mi expresión es del todo el capricho del entorno, en cuyos torrentes y espesuras se me ocurre el término exacto para nombres y especies, voces y gestos, fenómenos y recuerdos, citas y anuncios, periódicos y rumores, azar y desperdicios; cada letra puede tornarse en catástrofe. Por eso nunca está acabada mi obra, y cuando lo está, me hastía. Hasta que es inalterable, mantiene ocultos sus defectos, y porque es inalterable, los pone al desnudo. Sus faltas y lo que le falta. Se abren las heridas cuando el autor del hecho se aproxima. A días de placer han seguido días de angustia, porque lo que se ha escrito fácilmente se corrige con dificultad; con tanta, que la entrega se convierte en un sacrificio indecible. Una vez que se ha hecho vienen los

días del arrepentimiento. Una máquina me ha pasado por la cabeza; hubiese podido evitarla. El que vive de letras morirá de letras; un descuido o el intelecto del impresor acaba con él. Pero ¿qué es esa muerte de la cual nos consolamos con la imperfección de las disposiciones humanas?; ¿qué es un accidente de trabajo frente al dolor de los pensamientos que nacen póstumos? Lo que el azar dio se lo ha llevado el azar; algo ha osado escatimarme. Cada instante corre aprisa, rozando lo inalterable, con malas noticias de todo el mundo de las palabras. Son correcciones mínimas, cuyo dolor solo en la obra próxima se convierte en placer, o se aquieta en consuelo porque la naturaleza humana es casi tan imperfecta como una de sus invenciones. Se trataba de desliar el caos y abarcar de tal modo el contenido en movimiento que se detenga moviéndose. ¿Hay acaso un final en el camino hacia lo definitivo? La palabra es infinita, si se compromete con el mundo. Venida al mundo, crea mundos nuevos, y nunca cesará la oferta de la materia, sus ganas de elevarse. Es como traer a casa una corriente en los brazos, y el artista es el aprendiz de brujo; según su voluntad ha de vivir la creación, desde que Dios se retiró de ella. ¡Ah!, cientos de ríos se precipitan sobre mí. ¡Ah!, me vuelvo medroso. ¡Qué gestos! ¡Qué miradas! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡He olvidado la palabra! Quizá sea el arte, que quiere hacer milagros con su fortaleza de ánimo (tal y como, y para sus fines, solo era capaz de obrarlos el antiguo maestro), la más vergonzante, al fin y al cabo, entre todas las artes humanas. Quizá dicha arrogancia no era arte. Pero ya sea el arte tan grande como su demencia o tan pequeño como su motivo, debe ser reconocido para que no se le tenga por un pasatiempo. Igual que el incesante placer femenino se inflama en las más comunes superficies de rozamiento, y vive entre el respeto y el asco, pero no para satisfacerse. ¡Qué saben de ello los mundanos y los periodistas! Yo sí que sé que la virtud de sentir o el arte de decir empiezan donde el orden social renuncia. Y sé también cuánto vale mi dependencia del polvo. De alguna manera, algo se refiere aquí a un prototipo, que tuvo rostro humano y que más tarde fue dislocado. Esta valoración de un material minusvalente, esta ayuda de la inspiración, han de tener una referencia. Esta motivación constante, que no hace de una pulga un camello, pero que asocia la una al otro, levanta la superestructura satírica del mundo presente, que parece creado no más que para apoyarla y que con toda su nefasta presencia acredita de hecho su justificación. Los reparos que

le hace el sentido social se libran de mi ataque, ya que yo mismo me hurto, como agresor, a los males que dicho sentido social tiene por importantes. Lo que ocurre en el espíritu resulta irrelevante en el Estado, cuyas dimensiones han sido puestas al servicio de la alimentación y de la enseñanza. Lo que la sociedad no ve es pequeño. Lo que no podría ver ni siquiera existe. Una placa es pequeña comparada con una gran cruz; y lo que sucede en el cosmos es un subterfugio cuando de política se trata. Me sangra la imagen que del mundo da un parte de guerra; y es de todo punto innecesario que la humanidad preste oídos al grito apremiante, que no escucharía, ni entendería, si lo oyese.

Las vivencias que necesito las tengo ante la pared medianera que veo desde mi escritorio. En ella hay mucho sitio para la vida y en ella puedo tratar a Dios y al diablo.

¿Que yo hago responsables a los reporteros? Nadie lo creería. ¿A la institución? Eso lo hice años ha. ¿A las necesidades del público? Ya no más. ¿A quién o a qué hago responsable? Siempre al que pregunta.

El memo es incapaz de reconocer la imagen del mundo, que sorprende al satírico con su poca monta, y la reduce al tamaño de un redactor irresponsable.

Si establezco por sus síntomas el extravío del mundo, viene a mí un extraviado y me dice: Sí; pero ¿qué importan los síntomas? ¡Debieran importar, pero no lo hacen de buen grado! —Ah, yo tampoco lo hago con gusto y, sin embargo, debo hacerlo—.

Y desde la última esquinita de la hoja de un periódico, que todavía cuenta entre mis lecturas, se asoma la figura del Judas de este siglo, siempre la misma, ora se trate de un periodista o de un médico, ora de un buhonero o de un político socialista, del tendero de ultramarinos o del esteta. Siempre el mismo estupor, encrespado por el gusto y atiborrado de enseñanza. En el albornoz del tiempo, todos los idiotas son iguales; pero cuando alzan la cabeza y empiezan a hablar de su disciplina, el uno es un filósofo y el otro un agente de bolsa. No tengo esa capacidad malhadada de distinguirlos

entre sí, y desconozco el rostro original, sin que tampoco me preocupe su desenmascaramiento.

Cuanto menos sé, mejor barrunto. No he estudiado sociología y no sé que el capitalismo tiene la culpa de todo. No he estudiado la evolución cristiana de las cosas judías y no sé lo que ha pasado. Pero leo la pequeña crónica y sé lo que pasará. Completo mi ajuar con un rechinar de dientes, con trizas de un diálogo, con un gesto, con una anotación sobre el inevitable pogromo de los judíos hacia los ideales.

Es un dolor que solo la inteligencia capte lo que abrigo, en contra suya, en el corazón. El corazón no lo comprende.

Las verdades verdaderas son las que podemos inventarnos.

Ahora, el que exagera puede ser sospechoso fácilmente de decir la verdad. El que inventa, de estar informado.

Expresar lo que es: heroísmo barato. No lo que es, sino lo que es posible: eso es lo que importa. ¡Expresar lo que puede ser!

Aspiro, fervorosamente, a esa disposición de ánimo, en la cual, libre de toda responsabilidad, llegue a sentir como destino la estupidez del mundo.

La vida es un esfuerzo digno de mejor causa.

Trabajo día y noche. Así es como tengo mucho tiempo libre. Para preguntarle a un cuadro si el trabajo le gusta, y al reloj si está cansado, y a la noche si ha dormido bien.

Se me ha antojado que no creen que tenga razón. Afirmé que serían unos diez. No; doce, dijeron. Tantos dedos no los tienen dos manos. Alzó uno la mano, y mira: tenía seis dedos. Once, pues, dije yo, y reclamé la otra mano. Y, mira: tenía seis dedos. Sollozando, me escapé al bosque.

Algún día tendrán razón los más. Pero será la razón de la sinrazón que hoy me asiste.

El mundo exterior es el fastidioso fenómeno concomitante de una situación incómoda.

Yo y la vida. El asunto ha sido dirimido caballerosamente. Los adversarios no se han avenido.

Ser hombre es un error.

Los semblantes y el estrépito del día acechan por la noche a quien no les haya antes permitido aproximarse. Es la venganza de la trivialidad, que me acosa en mi somnolencia y, al no comprometerme yo con ella, me presenta la cuenta a deshora. Se acurruca en los peldaños de mis sueños, me atornilla una nariz como de Shylock y me susurra locuciones de tal inanidad terrestre que el ruido de toda una ciudad parece contenerse en ellas. ¿Quién se mezcla en lo más íntimo de mí mismo? ¿A quién he encontrado con esa cara, a quién que tenía esa voz? Sierra el cielo en dos, caigo por la hendidura y, cuando toco fondo, encuentro la palabra: «He caído, ahora, del cielo», como si no fuese esta una de las frases que hace tiempo se perdieron para el estrépito terrestre.

¿Dónde daría la cercana muerte su señal, si no es allí donde la vida se asienta, en el sexo? Se ha comprobado en los ejecutados la última consumación de la voluptuosidad. Inclínate sobre una barandilla y sentirás el sitio en el que eres mortal. Una mujer no tiene que ser siempre el abismo para que asome el placer del peligro, tal y como se goza en hechos ajenos. Cuando se piensa que, donde está la muerte, está siempre el espíritu, y que hay una tensión ante todo punto final, ya sea el de la vida o el de la obra, latidos del corazón ante toda culminación, bien sea la del trabajo en la palabra, en el umbral de lo inalterable, bien solamente en la apuesta del trabajo y la hora escolares, o en el empeño por encaramarse en la cucaña, en cuyo placer vale el esfuerzo resbaladizo; pensando de esta guisa, pensemos también qué poco tiene que ver la mujer en todo ello, y aprendamos a no menospreciar el placer que no depende de ella. La mujer es incómoda, y su

representación no es más que la cómoda representación de lo incómodo. ¿Podremos tener tan poca fantasía que necesitemos, para ser felices, de la representación femenina? El espíritu tiene una voluptuosidad más honda que la que pueda obtener el cuerpo. En cierto modo, vive este de que la voluptuosidad sea la dote de la mujer. Tiene que haberla vivido. Y algo recibe de esa ventura imperiosa de la sensibilidad femenina, que cubre de vergüenza al pobre pundonor del placer másculo. Elude la contrición en favor del éxtasis del camino. Cada obstáculo le enardece, y en esas brasas no tiene parte alguna la mujer, que acabará enfriándolas. Esta se hará inasequible para conseguir al hombre. Pero ignora que debe agradecérselo no a su presencia de hoy, sino a su ausencia de ayer. Al fin y al cabo, la fantasía sube cuatro escalas para no encontrar a la mujer y hasta el cielo para no buscarla. Se ha abstenido de la materia. Pero tiene la forma, en la que se hace la idea y con ella el placer. Barrunta lo que nadie es capaz de saber. Se ha formado en la voluptuosidad y desde tal punto y hora, urgiendo a través de círculos de vivencias siempre nuevas hacia virtualidades, que son nuevas también, no fracasará nunca, cuando los apetitos materiales fracasarían de entrada. Ya no precisa de un motivo y se abandona a sí misma, y goza de sí misma en el torbellino de las asociaciones, dando caza a una metáfora que ya doblaba la esquina, acoplando palabras, pervirtiendo frases, enamorada de las semejanzas, en el abuso venturoso del enredo quiástico, siempre a la aventura, en el placer y en el tormento de la consumación, impaciente e irresoluta, en dos caminos siempre hacia la dicha hasta que, ante el abismo en el que la máquina acecha y se concluye lo inalterable, se deslíe en angustia; y la última voluptuosidad se cumple en el ejecutado.

«Ninguna posición más seductora que la de Kraus, el disidente en el seno de una sociedad tolerante, estable y próspera.»
Miguel Ángel Aguilar

«Quien sea capaz de escribir aforismos no debiera desparramarse en artículos», afirma Karl Kraus, quien con gran inteligencia, ironía y capacidad de síntesis se despachó en estos textos contra la moral imperante, los políticos, la religión, la decadencia de la cultura y del lenguaje, los estetas, y por supuesto los periodistas y los medios de comunicación. Deslumbrantes, oportunas, a veces irritantes y siempre impertinentes, sus advertencias resuenan furiosamente en nuestro presente.

Karl Kraus (Jičín, actual República Checa, 1874 - Viena, 1936) fue un eminente escritor y periodista conocido como ensayista, aforista, dramaturgo y poeta. Gran polemista, tuvo por principal arma *Die Fackel,* revista de gran audiencia que editó y escribió casi en solitario desde 1899 y durante treinta y siete años. Figuras como Schönberg, Musil, Canetti, Wittgenstein o Adorno esperaban impacientes la aparición del siguiente número.

Reseñas:
«Ninguna posición más seductora que la de Kraus, el disidente en el seno de una sociedad tolerante, estable y próspera.»
Miguel Ángel Aguilar

«Los periodistas representan la relajación del estilo y la falta de moralidad de la profesión. Kraus es el redentor; mientras Kraus exista y fulmine, todo está controlado.»
Robert Musil

«El mayor satírico en lengua alemana del siglo XX.»
Isidoro Reguera

Sobre el autor

Karl Kraus (Jičín, actual República Checa, 1874 - Viena, 1936) fue un eminente escritor y periodista conocido como ensayista, aforista, dramaturgo y poeta. Gran polemista, tuvo por principal arma *Die Fackel,* revista de gran audiencia que editó y escribió casi en solitario desde 1899 y durante treinta y siete años. Figuras como Schönberg, Musil, Canetti, Wittgenstein o Adorno esperaban impacientes la aparición del siguiente número.

Título original: *Pro domo et mundo*
© 2018, Miguel Ángel Aguilar, por el prólogo
© 1981, Jesús Aguirre, por la traducción y la edición
© 1981, 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-2239-9
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Contra los periodistas y otros contras
Nuestro futuro predecesor, *de Miguel Ángel Aguilar*
Su futuro predecesor *de Jesús Aguirre*
1. De la sociedad
2. Sobre periodistas, estetas, políticos, psicólogos, estúpidos y eruditos
3. De la mujer, de la moral
4. Sobre los artistas
5. Las dos ciudades
6. Lances, ocurrencias
7. *Pro domo et mundo*
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos